La autora analiza desde otra perspectiva el fenómeno llamado "tartamudez", tomando como punto de partida la situación dialógica, eso que sucede entre dos hablantes-escuchas.

Son reflexiones surgidas a partir de observaciones en una práctica propia y de otros, y de lecturas de diversos pensadores que contribuyeron a configurar un aspecto diferente en el enfoque de este trastorno.

Se trata de un problema de lenguaje y comunicación, esta última entendida como el espacio participativo donde dos se encuentran en la disparidad de subjetividades, sin tener como finalidad la información sino el encuentro en la diferencia subjetiva, dando lugar a la creatividad discursiva, dentro de variantes de género, en este caso: la conversación y el diálogo.

Ubicado este fenómeno en la situación dialógica y en el género conversacional en donde se diluyó el placer de hablar, surge la pregunta: ¿qué lleva a un ser humano a alterar una función normal-corriente-ordinaria, en su opuesto? ¿Por qué el intento de hablar es fallido?; ¿es fallido? ¿Por qué se interrumpe la respiración y el cuerpo se crispa? ¿Es igual y significa lo mismo en las distintas edades en que se manifiesta o tiene un punto de anclaje? ¿Se consolida como un rasgo de identidad con el transcurrir del tiempo?

Juana G. Levin. Fonoaudióloga (1966), Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires. Egresada de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados (1971). Fundadora y directora de la ex Escuela de Altos Estudios del Lenguaje (1989). Se dedica a la investigación, la docencia y el trabajo de las perturbaciones del lenguaje infantil. Autora del libro *Tramas del lenguaje infantil* (2002) y de varios trabajos publicados en revistas especializadas.

ISBN 978950892302-8

9 789508 923028

Lugar Editorial

Juana G. Levin

La tartamudez

616.8 L 665 Ej.2

Juana G. Levin

La tartamudez

Otra perspectiva

Lugar Editorial

CONFERENCIA I

El problema del lenguaje y la conciencia

El problema de la estructura psicológica del lenguaje, su papel en la comunicación y en la formación de la conciencia es uno de los capítulos más importantes de la psicología.

El análisis de cómo se forma el reflejo inmediato de la realidad, de cómo el hombre refleja el mundo real en el cual vive, de cómo elabora una imagen del mundo objetivo, constituye una parte considerable de todo el contenido de la psicología. Pero lo más esencial consiste en que el hombre no se limita a la impresión-inmediata de lo circundante, sino que se encuentra en condiciones de salir de los límites de la experiencia sensible, de penetrar más profundamente en la esencia de las cosas que lo que permite la percepción inmediata. El hombre está en condiciones de abstraer características aisladas de las cosas, captar los profundos enlaces y relaciones en los que éstas se encuentran. De qué forma esto se hace posible constituye el capítulo más importante de la ciencia psicológica.

V. I. Lenin subrayó que el objeto del conocimiento, y, en consecuencia, el objeto de la ciencia, no son tanto las cosas en sí como las relaciones de las cosas[1]. Un vaso puede ser objeto de estudio de la física, si el objeto de análisis son las propiedades del material del cual está hecho; puede ser objeto de estudio de la economía, si se trata del precio del vaso, u objeto de la estética si se trata de las cualidades estéticas del vaso. Las cosas, en consecuencia, no solamente son captadas en forma inmediata, sino que se reflejan en sus enlaces y relaciones. Por tanto, nosotros salimos de los límites de la experiencia sensorial inmediata y formamos conceptos abstractos que permiten penetrar más profundamente en la esencia de las cosas.

El hombre puede no sólo percibir las cosas, sino que puede reflexionar, hacer deducciones de sus impresiones inmediatas; a veces es capaz de sacar conclusiones aun cuando no disponga de la correspondiente experiencia personal inmedia-

[1] V. I. Lenin. Obras completas, tomo 42, pág. 289 (en ruso).

ta. Si le damos a un sujeto las dos premisas de un silogismo: «En todos los centros regionales hay sucursales de correos». «X es un centro regional», él podrá fácilmente sacar la conclusión de que en el lugar X hay una sucursal de correos, aunque no haya estado nunca en ese centro regional ni haya oído nunca nada sobre él. En consecuencia, el hombre no sólo puede captar las cosas más profundamente de lo que le permite la percepción sensible inmediata, sino que tiene la posibilidad de sacar conclusiones, no sobre la base de la experiencia inmediata, sino sobre la base del razonamiento. Todo esto permite considerar que en el hombre existen formas mucho más complejas de recepción y elaboración de la información de las que se dan en la percepción inmediata.

Lo dicho puede ser formulado de otro modo: el hombre dispone no sólo de un conocimiento sensorial, sino también de un conocimiento *racional,* tiene la capacidad de penetrar más profundamente en la esencia de las cosas de lo que lo permiten los órganos de los sentidos; es decir, que con el paso del mundo animal a la historia humana se da un enorme salto en el proceso de conocimiento desde lo sensorial a lo racional. Por eso los clásicos del marxismo, con absoluto fundamento, hablaron de que el paso de lo sensorial a lo racional resulta no menos importante que el paso de la materia inerte a la vida.

Todo esto puede ser ilustrado con un ejemplo tomado de los hechos obtenidos en la psicología evolutiva. Tengo presente el experimento conocido como experiencia de Buytendijk que muestra mejor que otros las diferencias entre el pensamiento del hombre y el de los animales.

Las observaciones se llevaron a cabo con una serie de animales que pertenecen a distintos géneros: aves, perros, monos. Ante el animal se disponía una serie de recipientes (fig. 1) y en su presencia se colocaba el cebo en el primero; luego se cerraba este recipiente. Naturalmente, el animal corría hacia ese recipiente, lo volcaba y tomaba el cebo. A la vez siguiente el cebo se colocaba en el recipiente contiguo y, si el animal no había visto dónde había sido colocado el cebo, se dirigía hacia el recipiente en el que había encontrado el cebo la vez anterior. Sólo al no encontrarlo se dirigía al segundo recipiente. La experiencia se repetía unas cuantas veces, colocándose el cebo siempre en el recipiente *siguiente.* Resultó que ningún animal pudo resolver correctamente esta tarea y dirigirse inmediatamente al recipiente *siguiente,* es decir, que no puede «captar» el principio de que el cebo se coloca cada vez en el *siguiente* recipiente de la serie. En la conducta del animal dominan las huellas de la experiencia inmediata anterior y el principio abstracto de «siguiente» no se forma.

A diferencia de ello, el niño pequeño, de aproximadamente 3,5-4 años «capta» con facilidad este principio y tras unas pocas repeticiones de la experiencia se dirige de forma directa al recipiente que aún no ha sido reforzado con el hallazgo de la recompensa, pero que corresponde al principio de ubicación de ésta en el lugar *siguiente* al de la vez anterior.

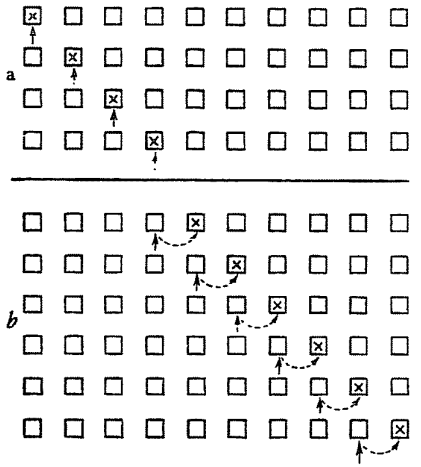

Figura 1
Experimento de Buytendij
a) *«Experimento abierto»: el cebo se coloca a la vista del animal.*
b) *«Experimento cerrado»: el cebo se coloca utilizando una pantalla para que el animal no vea el lugar donde ha sido dispuesto.*

Esto significa que el animal en su comportamiento no puede salir de los límites de la experiencia inmediata sensible y reaccionar de acuerdo con un principio abstracto, mientras que el hombre asimila fácilmente este principio abstracto y reacciona, no de acuerdo con su experiencia inmediata pasada, sino en correspondencia con el principio abstracto dado. El hombre vive no sólo en el mundo de las impresiones inmediatas, sino en el mundo de los conceptos abstractos, acumula no sólo su experiencia visual inmediata, sino que asimila la experiencia social, formulada en el sistema de los conceptos abstractos. En consecuencia, el hombre, a diferencia de los animales, puede operar no solamente en un plano inmediato, sino también en un plano abstracto, penetrando así profundamente en la esencia de las cosas y sus relaciones.

De esta forma, a diferencia de los animales, el hombre domina nuevas formas de reflejo de la realidad por medio, no de la experiencia sensible inmediata, sino de la experiencia abstracta racional. Esta particularidad caracteriza la conciencia del hombre, diferenciándola de la psiquis de los animales. Este rasgo, la aptitud del hombre de traspasar los límites de la experiencia inmediata, es la peculiaridad fundamental de su conciencia.

¿Cómo explicar este hecho, el paso del hombre desde la experiencia sensible a la abstracta, de lo sensorial a lo racional? Este fue el problema fundamental de la psicología de los últimos cien o más años.

En el intento de explicarlo, los psicólogos se dividieron en dos campos fundamentales. Unos, los psicólogos idealistas, reconocían el hecho fundamental del paso en el hombre de lo sensorial a lo racional, considerando que, a diferencia de los animales, el hombre posee formas completamente nuevas de actividad cognoscitiva; pero no pudieron pasar el análisis de las causas que provocan este paso y, aun describiendo el hecho, se negaban a *explicarlo.* Otros, los psicólogos mecanicistas, trataron de enfocar determinísticamente los fenómenos psíquicos, pero se limitaron a la explicación de los procesos psíquicos elementales, prefiriendo dejar pasar en silencio el problema de la conciencia como paso de lo sensorial a lo racional; así ignoraron este gran tema y limitaron sus intereses a los fenómenos elementales de la conducta: los instintos y los hábitos. Este grupo de psicólogos negaba el problema de la conciencia, que es específico para el hombre; a este grupo pertenecen los behavioristas norteamericanos.

Analicemos las posiciones de ambos grupos más detalladamente. Los psicólogos idealistas (como Dilthey, Spranger y otros) consideraban que el nivel superior de comportamiento abstracto es realmente característico del hombre; pero a continuación concluían que este nivel de conciencia abstracta es la manifestación de especiales facultades espirituales, que existen originariamente en la psiquis humana. Esta posibilidad de salir de los límites de la experiencia sensorial y de operar con categorías abstractas es una propiedad del mundo espiritual que existe en el hombre, pero no en el animal. Esta fue la tesis fundamental de las distintas concepciones dualistas, uno de cuyos representantes más claros fue Descartes.

La tesis fundamental de la teoría de Descartes, como es sabido, consiste en lo siguiente: los animales actúan de acuerdo con las leyes de la mecánica y su conducta puede ser explicada en forma rigurosamente determinista. Pero en el caso del hombre, esta explicación determinista de la conducta no es adecuada. El hombre, a diferencia del animal, posee un mundo espiritual, gracias al cual aparece la posibilidad del pensamiento abstracto, de la conducta consciente; este mundo no puede tener origen en los fenómenos materiales, y las raíces del comportamiento humano se encuentran en las propiedades del alma y no pueden ser explicadas por las leyes materiales. Este punto de vista constituye la esencia de la concepción dualista de Descartes: reconociendo la posibilidad de explicar mecanicistamente la conducta del animal, consideraba, al mismo tiempo, que la conciencia del hombre tiene una naturaleza completamente singular, espiritual y que no es posible encarar los fenómenos de conciencia desde las mismas posiciones deterministas.

Kant también partió de posiciones semejantes. Para Kant, como es sabido, existían categorías a posteriori, es decir, las que se forman a partir de la experiencia del hombre, y categorías a priori, es decir, categorías que existen originariamente en las profundidades del alma humana. La esencia del conocimiento humano, decía Kant, consiste en que el hombre puede salir de los límites de la

experiencia inmediata; esto es, un proceso trascendental, es decir, un proceso de paso de la experiencia inmediata a las esencias internas y a las categorías generalizadas racionales, que existen originariamente en el alma humana.

Las ideas del kantismo ejercieron influencia en el pensamiento idealista del siglo XX. El filósofo alemán Cassirer, uno de los más eminentes neokantianos, autor de la obra fundamental «Philosophie des symbolischen Forman», considera que al espíritu humano le son propias formas simbólicas que se manifiestan en los signos, en el lenguaje, en los conceptos abstractos. El hombre se diferencia del animal en que se encuentra en condiciones de pensar y organizar su conducta en los límites de las «formas simbólicas» y no solamente en los límites de la experiencia inmediata. Esta capacidad de pensar y de actuar en formas simbólicas es el resultado de que el hombre posee propiedades espirituales; para él son características las categorías abstractas del pensamiento, los principios espirituales abstractos de conciencia.

Según la opinión de los filósofos del campo idealista, estos principios pueden ser solamente descritos, pero no pueden ser explicados y sobre esta peculiar afirmación está construida toda la fenomenología moderna –la teoría sobre la descripción de las formas fundamentales del mundo espiritual; la cumbre de esta teoría son los trabajos del filósofo alemán Husserl.

La fenomenología parte de la siguiente proposición simple: a nadie le cabe duda que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos; esto es posible estudiarlo y describirlo, pero no tiene sentido formularse la pregunta de por qué precisamente la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos, o cuál puede ser la causa de esto. Este hecho parece como una característica fenomenológica apriorística de la geometría. Toda la geometría, construida según estrictas leyes, es accesible a la descripción y al estudio, pero no exige explicaciones, como lo hacen los fenómenos de la física o de la química. De igual forma como nosotros describimos la geometría, podemos describir la fenomenología de la vida espiritual, es decir, las leyes que caracterizan las formas complejas del pensamiento abstracto y del comportamiento categorial. Es posible describirlo, pero no explicarlo.

Con estas afirmaciones la filosofía idealista, e igualmente la psicología idealista, rompen tanto con las ciencias naturales como con la psicología científica, enfocando de manera diferente desde un principio las formas complejas y las formas elementales de actividad cognoscitiva y estableciendo entre ambas una diferenciación absoluta.

Nos hemos ocupado hasta aquí de las bases filosóficas de las afirmaciones dualistas. Pasaremos ahora a examinar las posiciones dualistas de algunos psicólogos y fisiólogos.

El eminentísimo psicólogo del siglo XIX Wundt compartía esta posición dualista. Según él, existen los procesos elementales de la sensación, percepción, aten-

Juana Levin

La tartamudez

Otra perspectiva

Lugar Editorial

Levín, Juana G.
La tartamudez : otra perspectiva - 1a ed. 1a reimp.-
Buenos Aires : Lugar Editorial, 2011.
64 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-950-892-302-8

1. Trastornos del Lenguaje. 2. Tartamudez. I. Título
CDD 616.855

Motivo de tapa: *A volar*, de Ernesto Levin

Mail de la autora: jlevin@arnet.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-302-8
© 2008 Lugar Editorial S.A.
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555
E-mail: lugared@elsitio.net / info@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Reconocimientos y agradecimientos

Mucho me ha costado salir del mimetismo al tema, que tiene un punto central y lo demás son "fiorituras" que me han ayudado a comprender la alteración.

Es indudable que la lectura semiótica está fuertemente influenciada por los escritos de Mijaíl Bajtin y las de sus estudiosos: profesores Mancuso, Silvestre-Blanck, Zavala, Drucaroff, por los que siento un profundo reconocimiento y agradecimiento por haber contribuido a constituir otro punto de vista para el abordaje de un fenómeno que sigue guardando su enigma. Así como agradezco a todos aquellos autores con los cuales estoy en desacuerdo pero que me permitieron confrontar sus conocimientos con los míos. A mis colegas: Celia Moreno, Marta Betty y Lidia Arneri, que han colaborado con sus observaciones de casos clínicos al comienzo de esta larga tarea de investigación. A Irene Sobol, por sus aportes no sólo desde un inicio sino en el transcurso del tiempo, hasta la actualidad. Al profesor doctor Mauricio Kuobel que me nutrió con sus conocimientos al comienzo de esta investigación en la supervision de un paciente. A la doctora Alcira Mariam Alizade, por sus atinadas observaciones después de una paciente lectura. Al profesor Marcos Thisted, por su valiosa, dedicada y atinente corrección. A todos ellos, gracias.

FAC. DE PSICOLOGIA
BIBLIOTECA

Introducción

Mi intención al escribir sobre la tartamudez es poder analizar este acontecer desde otra perspectiva: comprender este fenómeno tomando como punto de partida la situación dialógica, eso que sucede entre dos hablantes-escuchas.

Primordialmente es la pretensión de crear un espacio abierto a la comprensión. Son reflexiones a partir de observaciones en una práctica propia y de otros, y de lecturas de diversos pensadores que contribuyeron a configurar un aspecto diferente en el enfoque de este fenómeno y de esta manera tratar de pensar interrogantes que plantean su [patético] hablar y su modo de hacerse presente (presentarse).

En suma, creo que es un problema de lenguaje y de comunicación. A esta última la entiendo como el espacio participativo donde dos se encuentran en la disparidad de sus subjetividades y por donde circula algo común a ambos: la lengua, en una amable deriva como corren las aguas de un río, sin tener como finalidad la información sino la situación previa: el encuentro en la diferencia subjetiva dando lugar a la creatividad discursiva dentro de variantes de género (en este caso: la conversación y el diálogo) infiltradas, entre otras, por particularidades de dominio y creencia.

Hablar, dentro del género discursivo de la conversación, puede equipararse al jugar: su finalidad en sí misma es el placer. Placer en un encuentro venturoso. Núcleo de todo hablar.

Es el intento de desentrañar un enigma que provoca gran angustia tanto para el hablante como para el escucha.

Tal vez en el laberinto de las preguntas encontremos una o varias respuestas.

En su *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* Corominas define la palabra "tartamudo" como un compuesto de "mudo" con el radical onomatopéyico de "tartajoso y tartalear"; y da a cada uno de éstos el siguiente significado: "turbarse de modo que no se acierte a hablar", "moverse con movimientos trémulos, precipitados y poco compuestos", y agrega: "esto es lo que es el tartamudo, que a fuerza de tartajear llega casi a la mudez".

Alonso, en su *Enciclopedia del Idioma,* dice con relación a *tartajear*: "hablar pronunciando las palabras con torpeza".

Ubicado este fenómeno en la situación dialógica y en el género conversacional en donde se diluyó el placer de hablar, me pregunto: ¿qué lleva a un ser humano a alterar una función normal-corriente-ordinaria en su opuesto? ¿Por qué el placer y el gozo de hablar se vuelve sufrimiento? ¿Por qué el intento de hablar es fallido? ¿Es fallido? ¿Por qué se interrumpe la respiración y el cuerpo se crispa? ¿Por qué no habla fluidamente? ¿Por qué un ser se expone a una teatralidad dramática? La tartamudez, ¿es un estado independiente de otros niveles de desenvolvimiento? ¿Es igual y significa lo mismo en las distintas edades en que se manifiesta o tiene un punto de anclaje? ¿Cuándo se inicia? ¿Se consolida como un rasgo de identidad con el transcurrir del tiempo?

Estos interrogantes nos guiarán en el transcurso de las páginas que siguen.

Punto de partida

Ante todo quisiera plantear algunas cuestiones sobre el lenguaje y sus perturbaciones. No puedo entender el lenguaje fuera de la situación dialógica que implica no sólo la contingencia en el encuentro, sino también la relación del sujeto con la lengua encarnada.

¿Por qué remarco este aspecto? Porque las perturbaciones se inician en la tierna infancia y ahí tiene relevancia la lengua encarnada y la situación dialógica que se establece.

Mijaíl Bajtin (1982, pág. 64) dice: "Todo lo que a mí concierne llega a mi conciencia, comenzando por mi nombre, desde el mundo exterior a través de las palabras del otro (la madre, etc.) con su entonación, en su tonalidad emocional y valorativa. Yo me conozco inicialmente a través de otros: de ellos recibo palabras, formas, tonalidad, para formar una noción inicial de mí mismo. Como el cuerpo se forma inicialmente dentro del cuerpo materno, así la conciencia del hombre despierta envuelta en la conciencia ajena (...). Yo vivo en el mundo de los enunciados ajenos". En otro artículo del mismo libro, observa: "El hablante no es un primer hablante, cuenta con la presencia de ciertos enunciados anteriores, suyos y ajenos, con los cuales su enunciado establece toda suerte de relaciones" (pág. 248). Esto me lleva a pensar que el ser humano naciente que ingresa al mundo sonoro-hablado es hablado desde las voces familiares que portan no sólo anhelos en lo afectivo sino también mandatos del orden socio-cultural.

¿Qué incidencia tiene esto en la práctica profesional con alteraciones del lenguaje? Creo que un ejemplo ayudará a entrever una respuesta. Recuerdo una niña de cinco años cuyos padres me consultaban porque no hablaba. Era la segunda de un conjunto de seis niños de una pareja joven de campesinos muy religiosos. Según informes médicos, la niña no presentaba ninguna alteración que justificara su silencio. Pues bien, esta niña tenía un hermano mayor con Síndrome de Down que, por ser único varón y primogénito con trato preferencial, presentaba mejor desenvolvimiento en diversas áreas que la niña. El resto de las niñas eran muy silenciosas y muy quietas. Comprendí, después de adentrarme en el medio social, que las niñas supieron muy bien del callar como mandato familiar-social. El callar también forma parte del orden social. No olvidemos que se habla desde un lugar familiar-histórico-cultural, y esta niña decía mucho de sí y su entorno. No había padecimiento en la niña ni en los padres. La preocupación era de otros: jardín de infantes, familiares, amigos de los padres.

Siguiendo con Bajtin: "Todo enunciado es un eslabón en la cadena de otros enunciados. Todo enunciado se construye en vista a la respuesta. Todo enunciado es destinado a alguien".

Esto nos indica que el lenguaje surge en relación con otro que demanda verbalización –producción simbólica– como ofrenda de su donación de palabras amorosas. Entonces se podría decir: el lenguaje es con otro, para otro y por otro solicitante, quien induce a hablar. Pero además, desde esas palabras que en un inicio fueron ajenas y luego pasaron a ser ajenas-propias para finalmente ser neutras, indistintas de mío-tuyo, el sujeto deberá llegar a esta categoría de formas vacías de contenidos emocionales y disponibles para su uso, para poder hablar asumiendo la responsabilidad de lo dicho. Si están muy cargadas no se puede hablar.

Pues bien, entendido esto y tomándolo como fundamento, podríamos continuar con un esquema de dos componentes entrelazados indisociablemente: a) la situación dialógica, y b) la relación hablante/lengua encarnada. Este entrecruzamiento pivotea sobre la aceptación o el rechazo, lo que hace tomar a

nuestro sujeto hablante un rol activo. Cuando predomina la aceptación tenemos la normalidad, en cambio en las perturbaciones nos encontramos con gradaciones entre ambos extremos, aceptación/rechazo. De modo suscinto daré unos ejemplos: en las dislalias se da una distorsión de lo sonoro que puede o no presentar alteración semántica, en la cual lo audible (signos correctos) se transforma en expresiones articuladas incorrectas, no admisibles en el "buen decir" de la lengua en uso. La aceptación de la trama sonora del lenguaje está dada con el sello de un leve rechazo. En tanto, la jerga se manifiesta como *ideolecto*, una lengua propia que generalmente es comprendida por la madre o quien ocupe ese lugar, dejando fuera de la situación dialógica al Tú, el ajeno, que necesita del "buen decir" para integrarse en la "celebración" del encuentro amoroso. En cuanto a la tartamudez, la falla se presenta en el encuentro y en el pendular aceptación/rechazo. Finalmente en el mutismo encontramos un claro rechazo al conjunto de estos componentes, resultando marginación, vivir en otro espacio con otra realidad, fuera de la lengua y de toda situación de participación hablada.

Este planteo puede inducir a pensar que, por su rol activo, nuestro sujeto hablante es absoluto responsable de la aceptación/rechazo de la situación dialógica y la lengua encarnada. Pero no es así. La responsabilidad del padecimiento es compartida con el entorno familiar, que muchas veces tiene una parte mayor que la del propio paciente. No olvidemos que se habla desde un lugar histórico (el hablante está ubicado desde antes de su nacimiento en una trayectoria histórica familiar), social (crece en una estructura social con normas, reglas y leyes a las cuales debe adecuarse) y deseante (dice desde lo más profundo de su querer en formas simbólicas infiltradas de deseo).

La tartamudez es una alteración del habla que se produce en la situación de diálogo y en el género de la conversación y/o diálogo, en el cual la exposición es mayor que en cualquier otro género. Esto no quiere decir que en otros géneros no aparezca. Curiosamente se presenta cuando el sujeto hablante imaginariamente se siente mirado por otro de manera singular y así

nuevamente remite a una situación dialógica con excesivo dominio imaginario.

Lo afectado es el proceso de desenvolvimiento de aquella capacidad innata y singular del ser humano de producir lenguaje en relación con otro. Proceso que tiene dos caras: interna y externa. La interna tiene que ver con la simbolización en la cual se frena la actuación, el mostrar actuando, transformándolo en un operar simbólico, verbalizado; se puede decir "te mato" y no matar; conservar la integridad del otro en la realidad externa y sin embargo manifestarle la intensidad de la agresión que se siente. El otro conservará la vida a cambio de escuchar el odio. Si esto falla, la acción se ejecuta y la palabra pierde su valor de cambio, preservación del otro y de sí mismo, su valor simbólico (Levin 2002, pág. 15). De esta manera la ejecución del acto queda suspendida por un decir simbólico (el hablar) que expresa el odio pero conserva la vida. Hubo una transformación en el registro pulsional, sublimación, pero no todo se reduce a esto, si bien es fundamental; también hay otro hilo, la creatividad discursiva que hace a la forma del decir verbal, ceñido a principios y reglas adecuadas al entorno sociocultural y que lleva en sí al otro-ajeno. Esta es la cara externa.

Estos dos aspectos no están en la realidad tajantemente separados, sino que artificialmente los he dividido a los efectos de facilitar su comprensión. En la conversación y el diálogo, estos aspectos se articulan y se despliegan.

Este complejo proceso no sólo se inicia tempranamente sino que tiene un momento crucial: y que es la asunción subjetiva del yo.

Pero ese discurso en el que supuesta y visiblemente hay dos sujetos, encubre tres lugares. Veamos, en escena se muestran dos agonistas diferentes: Yo-hablante / Tú-escuchante-alocutario. Sin embargo, esta sencillez no es tal pues el hablante organiza su discurso en función de una finalidad que se dirige hacia un supuesto otro, como plantea Ducrot al decir que el destinatario es aquel a quien va dirigido el enunciado y el alocutario es aquel que comprende y responde-habla. De esta manera es ubicado el destinatario en un lugar imaginario (sería un otro en

mí), a diferencia de ese otro ubicado en la exterioridad, fuera de mí, ese diferente que es el alocutario, Tú, ajeno, que escucha de modo también diferente por ser básicamente otro humano con emociones, situaciones, razonamientos y sucederes particulares y que solicita lenguaje, produciéndolo desde su propia estructura –su ser ahí– abierto a las resonancias, consonancias y disonancias propias y ajenas. En consecuencia tenemos tres lugares: hablante (Yo) - otro imaginario - y el otro, el Tú, externo a mí, circulando lo común: la lengua con comportamientos sociales consensuados para que la situación conversacional se establezca. Un hablar discurre "entre" dos diferentes con sus competencias comunicativas y lingüísticas particulares.

Ahora bien, vienen a mí ideas de brillantes pensadores tales como Ivonne Bordelois (2005, pág. 248), quien arrima a la concepción del lenguaje el concepto de "celebración", que remite a "festejo con regocijo", ingrediente fundamental de la conversación.

El tartamudo ¿lo siente así?; ¿por qué la demanda al otro es aflicción?, ¿por qué el placer y el gozo de hablar ha mutado?

Humberto Maturana y Susana Bloch (1996, pág. 13) usan la bella metáfora del *bailar* referida al conversar, en el cual dos cuerpos se entrelazan conservando cada uno su propia cadencia. Así como Peter Burke (2001, págs. 117-118) recurre a una imagen más dura al decir: "La conversación es el equivalente verbal del juego de tenis, hay algunos participantes que juegan la partida para derrotar al adversario en lugar de hacer que la pelota se mantenga en el aire el mayor tiempo posible".

Ambas metáforas nos dicen del placer. Placer que se encuentra en el conversar. En la tartamudez lo desvirtuado es la finalidad: el placer de hablar. Más adelante tendremos oportunidad de revisar esta cuestión.

Sería bueno recordar a Emmanuel Lévinas (1999, pág. 208) cuando observa: "el hablar solicita al otro. (...) Al designar una cosa la designo para otro. El acto de significar modifica mi relación de gozo y posesión de las cosas, coloca las cosas en las perspectivas del otro. Utilizar un signo no se limita pues al hecho de sustituir la relación directa con una cosa, con una

relación indirecta, sino que permite convertir las cosas en ofrendables, desprenderlas de mi uso, alinearlas, volverlas exteriores. La palabra que designa las cosas atestigua su participación entre yo y los otros (...) Este desprendimiento tiene un sentido positivo: es la entrada de las cosas en la esfera del otro".

Recuerdo a Martín Heidegger (1987, pág. 227) cuando afirmaba: "Decir y hablar no son lo mismo. Uno puede hablar sin fin y no decir nada. En cambio alguien guarda silencio y no habla y, al no hablar puede decir mucho (...) Lo que se despliega en el habla es el Decir en tanto que Mostración (...) El hablar es, en tanto que decir, desde sí un escuchar. Así, hablar no es simultáneamente sino previamente un escuchar".

Estas citas complejizan el planteo, pues el hablante en su doble constitución, primordialmente escuchante de "palabras ajenas" para luego ser hablante como respuesta a éstas, queda sujetado a formas simbólicas consensuadas que doman y encauzan lo pulsional.

Pues bien, después de haber hecho una breve y simple descripción del funcionamiento del lenguaje, de reflexiones sobre el lenguaje, de filósofos y de mis propias observaciones, entiendo que esta singularidad discursiva es un largo trayecto que se inicia con una defectuosa asunción subjetiva del Yo para finalizar constituyéndose a la larga en un rasgo de identidad, "el tartamudo", que termina por aislar al sujeto hablante caratulado de esa manera.

El tartamudo muestra en lo corporal (balbismo-respiración, postura-ritmo) lo que queda acallado en toda conversación ordinaria. A veces lo corporal aparece irrumpiendo violentamente, mostrando no sólo el cercenamiento de su verbalización, sino también aquello que debía quedar disfumado.

El hablar, que es un hecho natural y de la vida cotidiana-corriente-habitual, el tartamudo lo transforma en excepcional. ¿Por qué?

El habla, como producción de un proceso interior, se juega en la relación con otro, para otro y por otro, argamasa nodal y con un género discursivo, que se inicia con la conversación para luego incluir el diálogo.

La conversación se caracteriza por la espontaneidad y lo informal de su discurrir y el placer de hablar, siendo ésta su marca, respetando lugares y turnos. María del Carmen Boves Naves (1992, pág. 38) dice: "... el diálogo es un proceso de interacción en el que la actividad de los interlocutores es complementaria para la creación de un sentido único a lo largo del proceso y mientras éste dure (...). El diálogo tiene un valor pragmático". Ubicándonos en este nivel vemos que en el encuentro de dos subjetividades concurrentes, Yo/Tú (otro), se despliega una teatralidad discursiva. ¿Cuál es la particularidad de este encuentro que da un resultado singular?

Amalia Rodríguez Monroy (1996, pág. 164) dice: "el lenguaje existe desde el momento en que el ser individual reconoce la necesidad del otro". Más adelante: "La emoción nos empuja pero la turbación nos detiene" (pág. 183).

Ya Chervin, en una publicación de 1901 (Quirós y Gueler, 1966, pág. 456), observó que esta perturbación no se presentaba en el cantar ni en el hablar solo. Observación que no sólo pude corroborar sino que indefectiblemente me condujo a ubicarla dentro de la situación dialógica y en la conversación. Con esto quiero decir que en la relación con otro, para otro y por otro, se juega la relación Hablante (Yo) / Escucha (Otro). Ambos son sujetos necesitados uno del otro para su reconocimiento como seres vitales, sólidos, no perdidos en un vacío. Deseo de ser oído y visto cursando una estética especial. Indudablemente el lenguaje, que es creación, lleva en sí la sublimación, "elevar a lo alto" (Corominas), "poner en altura", "volatilizar un cuerpo sólido y condesar sus vapores" (Alonso). Es esa escena en que dos diferentes se encuentran, uniéndose a través del lenguaje. Encuentro de dos subjetividades concurrentes, de decires verbales y no verbales, aun en la discrepancia. Un protagonista y un deuteroagonista hablan mostrando y mostrándose, donde vuela lo imaginario con soporte simbólico. Decires de llamados, alegrías, ruegos, penas, intenciones, proyectos, deseos, apetencias, promesas, amenazas, amores y odios. Hablar de lo porvenir cuajado de esperanzas, anhelos, ilusiones desde un pasado pleno de reminiscencias, en un presente.

Hablar con la voz de la pasión hecha con toda la gama del amor y el odio. Hablar de sucesos de una intimidad y de lo público, de lo cotidiano y de lo extraordinario, sujetados a normas lingüísticas y sociales.

Un joven, durante un tratamiento que realizó para "curar" su tartamudez y por indicación de su terapeuta, debía hablar frente al espejo, "hablarse", hablar a sí mismo; este procedimiento muy pronto fue abandonado pues no tartamudeaba frente a su imagen y, sobre todo, "ésta no le hablaba". Era evidente que la dificultad se presentaba frente a la presencia de otro.

Hablar es arriesgar al mostrarse-exhibirse, exponiéndose. Sobre este punto existe una amplia bibliografía, por tanto no me detendré en él, pero sí lo relacionaré con la tartamudez.

¿Es una simple perturbación que porta en su devenir la posibilidad de constituirse en un rasgo de identidad que le permite reconocerse como persona dentro de su grupo social-familiar? Curiosamente, cuando se pedía a tartamudos jóvenes que hablaran con acento extranjero, técnica usada tiempo atrás, respondían que no lo podían hacer dado que ellos no eran extranjeros .

Por otra parte, ¿por qué teme hablar?, ¿cómo se relaciona con el otro?

Pues bien, ahora saquémosle otra lonja a esta amarga naranja.

Como ya dije, en este encuentro se realiza la búsqueda de reconocimiento como individuo por otro individuo, como sujeto hablante-deseante, como quien es, con su propio equipaje. Contienda que se dirime en el plano de la palabra, con toda la implicancia existencial, estética y ética que conlleva. Entonces, ¿qué reconocimiento se juega en el tartamudo?, ¿el ser tartamudo? Puesto que la mirada, la intencionalidad, los implícitos, conformantes del acto de habla, lo conducen al abismo, ¿es ése su terror al encuentro en el campo del lenguaje?

Asunción subjetiva del Yo

Creo conveniente detenernos y decir algo sobre esta etapa del desarrollo del niño por parecerme, como ya dije, un punto clave en la tartamudez.

¿Por qué le doy tanta importancia a este período? Porque entiendo, como ya he señalado más arriba, que es en este pasaje donde ancla la tartamudez, y que en su transcurrir ésta puede constituir un rasgo de identidad. Los tartamudos que he visto han sido todos malos hablantes de pequeños.

Ante todo quiero recordar a Alexandre Kojève (1975, pág. 177), cuyas reflexiones, sumamente importantes, se refieren al uso del Yo: "... para revelar el deseo hay que servirse de la palabra 'yo'... (...) El animal no puede hablar de sí, decir Yo. Y esto porque no se trasciende realmente a sí mismo en tanto que dado, esto es, en tanto que cuerpo; no se eleva por encima de sí para poder volver hacia sí; no tiene distancia frente a sí para poder contemplarse" (pág. 269). ¿Cómo vuelve hacia sí? ¿Será necesario el rostro –el estar presente del otro– para poder contemplarse y reafirmarse como ser humano?

Giorgio Agamben (2001, pág. 64) dice: "Lo que distingue al hombre de los demás seres vivos (...) es la escisión entre Lengua y Habla, entre lo semiótico y lo semántico, entre sistema de signos y discurso". Recordemos que la lengua es ese sistema de signos que es pre-existente, supraindividual y coercitivo para el ser naciente, y que éste tendrá que apropiárselo para integrarse en su comunidad. Esta comunidad es una realidad que está

encarnada y, por cierto, en un primer momento para el ser naciente será en un otro primario. Por lo cual, como anticipé, es con otro, para otro y por otro que demanda, que el sujeto producirá discurso. Es decir, desde un inicio hay un encuentro con un semejante.

Ahora, una pequeña disquisición a los efectos de ayudar a la conformación de una postura en el análisis de tan complejo fenómeno.

La lengua materna es la afectada. La lengua es una abstracción y se encarna en aquel que la habla. Indudablemente, para un bebé esta encarnación se realiza en aquella persona que ocupa el lugar de la madre. La prosodia y los otros componentes estructurales de la lengua, junto con las particularidades de la voz, conformarán el cuerpo erótico propio y del otro materno. Se escucha la voluptuosidad de los sonidos vocálicos, las asperezas consonánticas, la respiración suave, envolvente, el ritmo pausado y la melodía cautivante. Es el cuerpo articulado con la lengua. Es este cuerpo amante y sonoro que el otro cubre y allí da placer y gozo. Es la lengua materna en sí, venida de afuera, que se encarnará en las ansias del otro materno y se constituirá en trazos, rasgos, grafos, merismas inconscientes, fundando un código-lengua; a partir de aquí y con otro diferente, ajeno y lejano, devendrá lenguaje.

Ahora bien, demos una vuelta de página y entremos en la psicología.

Con Henri Wallon vemos que este encuentro sufre un proceso de transformaciones teniendo un punto culminante: "la crísis de los tres años", la asunción subjetiva del Yo.

Wallon (1975, pág. 223) dice: "Solamente a partir de los tres años el niño comienza a conducirse como un sujeto distinto del otro". Pero recorramos brevemente qué nos dice del período anterior: "Antes de los tres primeros meses (...) parece reaccionar primeramente a reacciones de no-completud que responden a los instantes en que llega a faltar algo que formaba parte de su bienestar o de su ser actual. (...) Pero el acontecimiento más importante es a partir de los seis meses, el desarrollo de una sociabilidad más activa y extensiva".

Después de transitar por la rivalidad y el despotismo de una sociabilidad sincrética Wallon (pág. 242) destaca, en referencia a esta última relación: "El despotismo es el sentimiento de superioridad que busca ejercerse en forma pura. Es esencialmente participación porque se funda no precisamente sobre la derrota del adversario, sino sobre el sentimiento que el adversario tiene de su derrota (...) Esta necesidad de dominación no está sutilizada, es muy primitiva. Se funda en una falta de autonomía frente al otro, en la confusión inicial de sí y del otro en una misma situación sentimental. (...) El déspota no podría ser tal sin la docilidad del otro. Es esa docilidad lo que necesita. Depende de ella".

Más adelante dice: "El estado de combinación con el otro que expresa una situación afectiva da cuenta de manifestaciones de apariencia muy compleja, pero sin embargo, de aparición precoz, como los celos y la simpatía. (...) Los dos polos de la situación: contemplación / exhibición, en lugar de ser todavía complementarios y situados en dos individuos distintos, están integrados en él mismo. A la contemplación se agrega el sentimiento o la necesidad de ser aquel que actúa o que exhibe".

Siguiendo con Wallon: "...el auténtico celoso se nutre de escenas mortificantes con una áspera avidez. Su propia existencia resulta invadida, asolada, por los éxitos del otro (...) Persistencia de una confusión entre sí y el otro que la rivalidad no llega a disolver y a reemplazar".

Luego agrega: "Hacia el tercer año comienza un cambio bastante brusco en las maneras del niño y en sus relaciones con lo que lo rodea. A partir de los 3 años llega a actuar y darse maña solo".

Más adelante pasa a considerar las relaciones de poder. Es decir, no sólo aparecen rasgos de excelencia sino además la vergüenza, la dominación, la lucha por el poder, por lo cual a este período lo llama "período de crisis".

Entiendo que este "período de crisis" se manifiesta cuando el campo del lenguaje se despliega y en él las pasiones se encauzan en formas discursivas, de modo que permite que se constituya en un modo de la existencia. Es en ese momento

que se pasa de la posesión del "mío" a la "asunción subjetiva del yo"; como dirá E. Benveniste (pág. 219): "Es Ego quien dice Ego", como si dijera: Yo soy yo. Yo soy ese que habla de mi deseo, de mis afecciones del cuerpo y del alma. Por lo cual el Yo corporal, de la actuación, de los sentidos, se abre a la convivencia en el plano del lenguaje y del pensar.

Esta experiencia de la trascendencia, el sobrepasarse a sí mismo, de la actuación y del existir en el lenguaje, como otro modo de la existencia, tiene en dicho campo un efecto de florecimiento que el niño ve en el rostro y las actitudes del otro, o de los otros, y gusta de ello. La respuesta clásica de los otros al pequeño es: "qué bien habla". El pequeño descubre que aprehende nuevamente al/los otro/s en este nuevo terreno, y en este solar encuentra no sólo la reafirmación de sí sino también su iniciación en el diálogo como género discursivo, con la toma de conciencia de turnos entre hablante/otro-tú y un lento acatamiento a reglas discursivas, montado sobre la seducción, la lucha de reconocimiento, y expuesto a la contingencia situacional. Ahora la palabra es "celebración".

Así como en el período previo la predominancia del "mío" indicaba posesión ("la casa mía"), ahora se agrega "mi casa" como modo de inclusión a una pertenencia mayor (mi casa a la que pertenezco, a la que tengo derecho). Por lo cual lo propio y lo no propio pero perteneciente están articulados, en una unidad mayor, "nosotros", extendiéndose a un "para mí y para otros" ajenos-"vosotros". Al formar parte de un todo, al estar incluido en un "nosotros", también corre el riesgo de ser separable y excluido. Ahora está a un paso de pasar a ser "ellos", de eso de que se habla. De esta manera su individualidad, su ser persona, juega dentro de los plurales. Pero el tartamudo nunca sale del plano de lo individual.

Este período de pasaje es complejo. Ya ha dejado de nombrarse a sí mismo por su nombre, como si fuera una cosa que otros llaman. Ha dejado de ser una realidad concreta, real, innegable, que no se había simbolizado en la asunción subjetiva del Yo, aunque instrumentaba la simbolización. Era un anónimo, sin nombre desde él, pero sí nombrado. Sin embargo

acumulaba marcas de experiencias en el ser para otro y a través del otro para sí, que dejaron trazas. Su forma discursiva era imperativa, monológica, viviendo en enunciados ajenos y produciendo palabras propias pero ajenas eternamente vivientes, para luego ser renovadas creativamente en nuevos contextos. Cuando el pequeño era nombrado desde el lenguaje de otros en voz activa, productora de sentido, era mirado y escuchaba fascinado, quedando suspendido en esa voz amante. Ahora bien, cuando se nombra se excluye como sujeto, funciona sin simbolizarse desde su concretud; luego se nombrará como "el nene" (Juan, Pedro, etc.); aquí se toma como objeto, él se nombra como nombra las cosas del mundo para finalmente alienarse en el embragador Yo, incluyéndose y reconociéndose en un orden simbólico como sujeto escindido con lenguaje propio.

En esta etapa el espacio-tiempo no está conceptualizado, sus puntos referenciales no son términos verbales sino los concretos: comer, dormir, etc.

Hasta ese momento y siguiendo el esquema de Émile Benveniste, el pequeño era "él", eso de que hablan sus padres, y deberá llegar a ser "Yo", hijo de tal y cual, es decir, tener identidad, con un pasado y devenir singular, con recuerdos y anticipaciones.

Roman Jackobson (1981, pág. 310), refiriéndose al pronombre personal Yo, dice que tiene una doble condición: índice y símbolo (yo, como hablante me indica y me simboliza en el plano de la enunciación).

Va dejando de ser un presente, un "ahora inmóvil", no sólo para constituirse en sujeto de lenguaje sino ubicado en una temporalidad. Entonces los pequeños dicen: "cuando era bebé - cuando era como Juan (su hermano menor) - cuando sea como Pedro (su hermano mayor)".

Ahora bien, con el uso del "Yo" no sólo se da una inclusión dentro de la familia (es para sus padres como individuo), sino que a la vez manifiesta su propia pertenencia (es para sí). Es Yo quién dice "yo", reconocimiento como persona con su consiguiente lucha por no quedar excluido. ¿Quién no conoce algún niño de alrededor de tres años que patalea por "yo también"?

Indudablemente, esta expresión dice: "No quiero que me separen, excluyan, alejen, aíslen, sino que me incluyan", de ahí el "yo también".

Creo que este juego de vaivén inclusión/exclusión permite no sólo transitar el camino hacia la identidad sino principalmente resplandecer en el campo del lenguaje a través de la creatividad con estrategias de seducción. Sin duda que esta lucha tiene como meta la filiación, la portación de nombre que pivotea sobre el eje aceptación/no aceptación/rechazo, para hacer posteriormente una torsión hacia permitido/no permitido/prohibido. En ese momento, quiere y dice: "solo - yo solo", mostrando su anhelo de independencia y fuerza. Al mismo tiempo queriendo salir de la pertenencia de mamá para integrarse al grupo familiar como miembro diferenciado que lo obligará a la alternancia constante y sorpresiva con el otro en su particularidad. Ahora bien, eso que determina su individualidad, "yo puedo - yo solo", lo ubica como separable, excluíble. Y un nuevo juego se inicia con reglas variadas. Período de grandes tensiones y angustia del sujeto y del entorno.

Ya instalado plenamente en el campo del lenguaje, surge como preocupación el tema de la muerte y la vida, y en consecuencia la conceptualización del tiempo. Pero el acto de enajenación simbólico –la asunción subjetiva del Yo– deja al niño amenazado por la muerte. Una pérdida en lo real de su existir se ha dado, y se re-encuentra en la plenitud de la vida, en el lenguaje. Ha efectuado una operación de negatividad y afirmación en lo simbólico. El predominio de lo corporal comienza a opacarse. Ahora, el signo "yo" de la lengua lo simboliza como hablante y lo indica. Este "yo" será una máscara que lo integrará a la sociedad humana, la que le exigirá como contraseña el lenguaje.

Ha ingresado a la esfera de lo invisible para operar a pleno en ese espacio lingüístico que se montó sobre la condición de audibilidad (audible/no audible) donde el oír, escuchar y hablar se articularon con la presencia/ausencia, para comenzar a despegarse del sentido literal y luego adquirir paulatinamente el sentido figurado en el lenguaje.

Al unísono se manifiestan una serie de sucesos en diversos planos.

Después de ejercer una poderosa violencia contra sí (dominar sus impulsos) y contra los otros, en una búsqueda reiterada de la realización de sus deseos, descubre el niño el espacio privado/público al que luego se agregará el espacio íntimo. Todo esto lo efectúa primero dentro de la familia (espacio privado), para producirlo luego dentro de una institución (jardín de infantes - espacio público). ¡Qué enorme esfuerzo ha hecho para dominar las necesidades de la vida y lograr su supervivencia; esfuerzo que no sólo comprende el proceso biólogico sino también el psico-social! ¡Cuánto camino ha recorrido y ha de recorrer!

Hasta ahora el niño se relacionaba señalando "eso" (ostensión). "Eso" que dependía de "mí" (posesivo), siendo el tiempo el presente, "ahora". Era un permanente instantáneo con un imperativo "ya". Era el pequeño que le quitaba el juguete o la galletita al otro niño, que pegaba frente a una frustración o lloraba, no soportaba la dilación sino que requería inmediatez, prevaleciendo el orden corporal.

Se inicia en la grafía con el dibujo del monigote, que no lo representa en el primer momento; él es el que dibuja y no puede salir de sí a una forma gráfica, exterior, puesta en un papel. Parecería que aún no hay representación de sí mismo en otro medio. Es necesario el dominio del lenguaje, que es otro nivel en donde vivir, para poder salir de la concretud, el cuerpo. Ahora la subjetividad está en juego, puede hablar de sí, decir "Yo". La realidad se dimensiona de otra manera.

Con la asunción subjetiva del Yo, y al abrigo ya del lenguaje y viviendo en él, será reconocido como sujeto hablante en su total valía por otro hablante solicitante de habla. Ha salido del anonimato. Ahora este niño se dimensionará en la finitud, en el tiempo, y estará en el dominio del lenguaje. Es el momento de querer hacer todo "solo", como quien mide fuerzas y busca límites para contornear su silueta, su quién es.

Es también el momento de las imitaciones y de la preocupación por la destrucción en sus diversas manifestaciones. Vestir-

se, disfrazarse como la mamá o el papá, imitar los gestos y dichos de ambos. Esta metamorfosis ornamental le permitirá pasar de lo sagrado a lo profano burlando prohibiciones, ocupando lugares de dioses, matando y consumiendo simbólicamente a estos dioses sagrados. Se viola y transgrede un orden, una ley, una prohibición, mientras en un mundo imaginario, en una ficción, se realiza en un juego un deseo. El cambio de vestidos, esta fiesta, lleva en sí transgresiones. Por lo pronto puede burlar la ley de diferenciación sexual y pertenencia a su sexo biológico: una niña puede imitar a un varón, y viceversa. Burlar la prohibición al incesto.

Un sacrilegio se ha realizado y se lo ha permitido; es admitido mientras se lo mantenga en el plano de la ficción. Este momento es el de la fiesta. Es una dimensión de ficción donde se realizan actos transgresivos con anuencia de todos, pues mientras en lo imaginario todo sucede con el servicio del lenguaje, el orden instituido de la realidad externa se mantiene inalterable. Generalmente todo esto falla en los tartamudos.

Llama la atención que algunos tartamudos fueron niños que hablaron mal, suelen referir a "pobreza de vocabulario, mala construcción sintáctica, dislalias, confusiones semánticas". En casi todos, la tartamudez tiene un momento de aparición clave, a los tres años, al comienzo de la escolaridad (cinco-seis años), y a los doce-trece años. Mi experiencia me ha mostrado que ninguno fue buen hablante de pequeño, lo que remite al "período de crisis".

Daré un ejemplo: era un joven que por tercera vez intentaba ingresar en un instituto de enseñanza, perdiendo tres veces el curso de ingreso por no poder decir "presente" cuando se lo nombraba; es decir, estaba presente pero no podía responder a un llamado ni levantar la mano, se quedaba paralizado. Estaba presente pero no podía ratificarlo, hacerse re-conocer: parecía ocultarse, era una aparente ausencia, una presencia no presente. De esta manera quedaba fuera en la relación profesor-alumno, y en situación de excluido. Cuando el profesor pasaba lista no podía nombrarse. Estaba sin nombre, anónimo. No podía responder a: ¿quién es ése que soy yo y dice yo? Ésta es

la pregunta fundamental del niño pequeño en el momento en que se asume en la forma lingüística "yo". Siendo alumno y no respondiendo como ellos, quedaba marginado-excluido. Durante su niñez sus padres completaban sus expresiones cuando se bloqueaba, como si ellos fueran parte de él mismo que hablaba. Una vez casado su esposa repitió la actitud de los padres. Cuando sus padres o mujer completaban su habla, éstos constituían partes de él mismo que desde afuera, desde una exterioridad, le hablaban. La tartamudez le había dado un espacio para vivir, distanciado de los demás. Al tener un mediador-interprete, él era el soberano a quien se miraba; desde su lugar enigmático ejercía dominio, era todo.

Como ya señalé, la asunción subjetiva del Yo lleva a una reestructuración del núcleo familiar por la integración de este pequeño miembro como individuo que puja por un lugar en la búsqueda de independencia, de poder y reafirmación de sí: "yo solo - yo también". Ese Yo dice: yo existo en el campo del lenguaje, pero necesito que otro me acepte para reafirmarme en ese plano que es el de otros e ingresar en una comunidad humana.

El tartamudo repite una y mil veces este acto sin llegar asumirlo y ocupar un lugar diferente en este nuevo campo de encuentros conflictivos.

Retomamos a Benveniste (1977), quien dice: "...mucho antes de servir para comunicar, el lenguaje sirve para vivir. Si sostenemos que en ausencia del lenguaje no habrá posibilidad de sociedad ni posibilidad de humanidad es, por cierto, porque lo propio del lenguaje es ante todo significar" (decir de emociones, pensamientos, conocimientos, a otro que convoca y pide este decir).

Con la asunción subjetiva del Yo se ingresa al mundo virtual de las palabras, de los relatos, que posibilitan la unión con otro/s serenando la actuación física.

Llamativamente, en el tartamudo todo esto falla. ¿Por qué su discurso se muestra plagado de interferencias, ya sean corporales y/o verbales? ¿Qué acontece en ese espacio de encuentro corporal-verbal que debiendo ser placentero vira al padecimiento?

Sobre su discurso

¿Cómo es su habla? ¿Cómo es su *decir*? Cuando digo *decir* refiero a un mostrar corporal y verbal, dejar ver.

Erwing Goffman (1991, pág. 133) dice: "...el habla está ordenada socialmente, no sólo lingüísticamente, sino también como un pequeño sistema de acciones cara a cara, mutuamente ratificadas y ritualmente conducidas. Es un encuentro social".

He señalado antes (1989): "...en este encuentro el acto de hablar se compone de dos momentos no simétricos, ni constantes. Uno breve fluido y otro prolongado con profundas perturbaciones: bloqueos, balbismo, expresiones ininteligibles, rostro sufriente, alteraciones respiratorias, y como esto pertenece al orden del cuerpo entiendo que este mostrar es un decir con el cuerpo".

Una alteración se produjo en el decir sonoro. ¿Cómo? Algo irrumpe en la secuencia –linealidad sonora– mostrándose patéticamente.

Daré un ejemplo. Diálogo que mantengo con un niño de cinco años:

–¿Por qué te cansa ir al colegio?

–Porque eeeeeeeeehhhhhhh muy temprano.

El bloqueo y ruido que sigue al "porque" es una parte de la expresión no articulada que no sólo aparece condensada y desplazada en lo dicho posteriormente, sino que es una otra voz, que dice torpemente de su dificultad en el encuentro,

mostrando un cuerpo alterado. Su discurso es un decir hablando(se) y mostrando(se). Lo que se muestra es lo que no se ha verbalizado aunque dice. Un hablar es interferido por ruidos y gestos. ¿Qué sentidos manifiestan? Ambos, la verbalización y el cuerpo, tienen sentido, como si fuera un decir de modo singular cuando una intención es perturbada por otra. Esto no quita que se puedan presentar períodos libres de tartamudez.

Esta manera particular de decir se da frente a otro, pues ningún sujeto tartamudea estando solo, ni cuando canta o lee, salvo cuando siente la mirada- presencia del otro. ¿Por qué este otro lo afecta de tal modo que puede impedirle hablar? Lo que está en juego no es el acuerdo/desacuerdo, imperante en todo diálogo, sino otro suceder.

Luego agrego: "Es curioso, todos dicen ´saber´ cuándo van a tartamudear pero no conocer por qué". Veremos más adelante cómo este "saber" lo refieren a una idea que se les presenta antes del acto de hablar como si fuera un mandamiento, y esto es un escucharse. Generalmente dicen no percibir el momento de cercenamiento de su discurso, ni el balbismo, como tampoco las alteraciones respiratorias, y les molesta hablar de su tartamudez.

Se dice "tartamudo", pero esta atribución está dada por otro. Son muy pocos los que se dicen tartamudos, en cambio es frecuente que digan "tener dificultades para hablar", por lo cual, aparentemente, el llamarse *tartamudo* les viene de afuera, es marcado, nominado por otro en su dificultad de decir bien, mostrarse bien en el espacio del lenguaje.

Este modo de hablar turbado, torpe, con movimientos trémulos que pueden llevar hasta la mudez, probablemente llegará con el transcurso del tiempo a constituir un rasgo componente de la identidad del sujeto.

Daré un ejemplo para mostrar que hay algo más en juego.

Un paciente adulto, ya en tratamiento, estaba hablando por teléfono con su progenitor, sin bloqueos, "hablando bien" y sin decirle quién hablaba. Su padre no lo reconoció, confundiéndolo con su hermano, quien "hablaba muy bien". A partir de ese momento, el paciente no pudo continuar hablando,

tales eran sus bloqueos; y en ese instante fue reconocido por su padre.

En la ligazón sujeto hablante / otro escuchante circula el reconocimiento de ser persona diferente y la aceptación como tal, lo que afianza la reafirmación de sí.

Bajtin dice: "Todo enunciado se construye en vista a la respuesta", y más adelante completa: "Todo enunciado es réplica". ¿Réplica a quién? Réplica que condiciona el discurso, y, recordando lo dicho anteriormente: "Todo enunciado es destinado a alguien". ¿A quién? ¿A aquél a quien va dirigido el discurso con respuesta prevista o a aquel extraño cuya respuesta nos sorprende, desconcierta, nos hace trastabillar, que habla desde un lugar desconocido y vulnera nuestra totalidad dejándonos suspendidos en el discurso? ¿Qué situación y relaciones dialógicas se establecen?

Volviendo a nuestro ejemplo, el discurso fue construido en vistas a una respuesta imaginaria: esperaba que su padre lo reconociera mostrándose como uno más de la fratría, no por aquello que lo hacía diferente de los demás y lo particularizaba (el habla). Pero aquel a quien apeló para su reconocimiento como hijo buen hablante, su padre, le demuestra que la tartamudez le es propia, lo hace exclusivo, es aquello que lo margina y ése es su lugar de hablante (además de ser el modo como está incluido y pertenece al todo familiar). Así se representa. Su espontaneidad quedó trunca, no posible para sí. Ha quedado cautivo de sí y del otro .

En la práctica ¿por dónde abrir este círculo? Entiendo que desde la situación dialógica: un sistema abierto en el cual circula de arranque el reconocimiento del hablante como persona por parte del otro ajeno - Tú. Como ya dije, se determinan los siguientes lugares: Yo/Otro desdoblado. Ese otro desdoblado se compondría por un otro en mí, creándose una relación interna, imaginaria. A la vez se da una relación con el Tú ajeno –de afuera– que daría lugar al escuchante. Esta relación entre el sujeto hablante y el Tú ajeno es una relación intermundana reglada, con la posibilidad de ser cuestionado el sujeto hablante. Al mismo tiempo que se modela el espacio discursivo, estos

protagonistas reales intercambian roles y lugares. Dicen (muestran), se exhiben y se exponen, de modo verbal y paraverbal: mirada, gestos, respiración, entonación, intencionalidad, distancia; todos componentes del cuerpo que en situación normal son ensordecidos por el esplendor de la verbalización, a los cuales hay que sumar las estrategias discursivas. En nuestro caso la tartamudez produce la neutralización del Tú que, a su vez, hace necesaria su presencia para que la particularidad se instale. La función poética-creativa se malogra en provecho de la función fática-conjurante, resultando un sistema cerrado por exclusión del Tú y sobredimensionamiento del otro en mí.

Es relevante hacer aquí una aclaración sobre esta función fática. El término proviene del antropólogo Bronislaw Malinowski. Según él es un tipo de lenguaje en el cual los lazos de unión se crean mediante el intercambio de palabras que no tienen acción reflexiva sino eminentemente social, que no sirven para comunicar ideas sino sólo para unir, para no quedar solo. Añadamos que *fática* deriva de fado, hado, destino, fatalidad. El complemento del hablar es el silencio, situación de peligrosidad. Por lo cual hablar sirve para conjurar peligro. ¿Cuál es la peligrosidad? ¿Quedarse solo? En los niños pequeños esto es así.

Benveniste (1977) dice: "La condición de intersubjetividad es la única que permite la comunicación lingüística. (...) La enunciación es ese poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización. (...) Debe considerársela como hecho del locutor. (...) Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia del discurso, que emana de un locutor, forma sonora que espera un auditor y que suscita otra enunciación a cambio. (...) Lo que en general caracteriza la enunciación es la acentuación de la relación discursiva al interlocutor, ya sea éste real o imaginado, individual o colectivo".

Como forma de discurso, la enunciación plantea dos figuras igualmente necesarias, fuente la una, la otra meta de la enunciación. Es la estructura del diálogo. Dos figuras en posición de

interlocutores son alternativamenrte protagonistas de la enunciación.

En el ejemplo propuesto, una polémica habita en la persona tartamuda. Su discurso-réplica desafía la anticipación negativa del padre largamente conocida, y fracasa.

Frecuentemente los tartamudos dicen sentir la inminencia de la dificultad para hablar, algunos atribuyen a "determinadas letras o palabras" ser la causa de su dificultad, pues no las pueden decir y deben hacer un rodeo. También temen la respuesta "fastidiosa" de la gente. Esto nos dice de la anticipación que actúa inhibiéndolos en el campo del habla y destancándolos en lo corporal. Escuchan con certeza absoluta el mandato de esa voz. Esta voz integra la polifonía de su discurso. Su decir ¿se ha vuelto arma que hiere al otro?

Nuestro paciente quema sus alas al acercarse en busca de reconocimiento y afirmación de sí. El encuentro con su padre le demuestra que sólo en su caída será reconocido al costo de presentarse desvalido, y de esta manera se oblitera la salida a la creatividad del lenguaje. ¿Cuántas veces intentará volar y fracasará?

La tartamudez era la verdadera marca que lo identificaba dentro de la célula familiar. Hubo una demanda de reconocimiento como distinto hacia su padre, quien en su respuesta tácitamente le dijo: "Si hablas bien no te reconozco, te confundo, no sé quién eres; debes presentarte como siempre, hablando mal, y así te reconoceré". Pero ante la imposibilidad de enfrentarlo, ¿el deseo de autoafirmación como sujeto bien hablante falló en su logro? Su deseo de reconocimiento como sujeto bien hablante había sido no aceptado-desconocido, volviendo a la situación anterior de naufragio. ¿Sería esa la reafirmación de sí?

Enfrentar al progenitor habría significado establecer una lucha a muerte (simbólica) por el re-conocimiento de su lugar de buen hablante. Como ya dije, cuando se ingresa en el patrimonio de la comunidad, la lengua, se lo hace con ánimo de integración, de ser nosotros. Este intento fallido de aquí en más sería su carta de presentación. Se transmuta el campo simbólico y las palabras pierden su valor normal. Tomemos por caso:

en el encuentro amoroso, el valor simbólico se mantiene aun en situaciones en las que las palabras son portadoras de odio a cambio de conservar la vida. Pero nuestro sujeto enmudece: "no puedo hablar"; se trastoca entonces en arma hiriente y ahora las palabras cobran valor de actuación. Hacen. No son ya formas simbólicas jugadas en un hablar. Sin embargo, hablan-dicen. Hablar es quedar siempre ubicado en determinada posición con respecto a otro .

Un niño recibe un nombre de otro y este nombre existe para otros: él debe llegar a ser ese nombre que será su identificación en la estructura familiar, que además de marcar filiación-sexuación le determina un lugar como sujeto hablante. Este es un pasaje que va del anonimato a la identidad. No olvidemos que se habla desde un lugar histórico-social-cultural y afectivo.

Ha de llegar a ser él mismo a través de otro, ha de encontrarse en el otro, así como ha de encontrar al otro en sí.

En el ejemplo que estamos considerando, su padre lo desconoce en su deseo de reconocimiento en el campo del lenguaje, en ese espacio creado y creativo para el encuentro de dos diferentes. El progenitor establece un mandato: "Hablarás mal y así te reconoceré; esta es tu diferencia, esta es tu marca". Ya no es un anónimo sino el marcado por la tartamudez, marcado en su cuerpo, y así es escuchado. Ese era su rasgo identificatorio. La tartamudez estaba inscripta en la estructura familiar mientras su cuerpo hablaba de sufrimiento, así como de sofocación, contractura, rigidez.

Daré otro ejemplo donde se repite el mandato, aunque con una variante. Para ello reproduciré un diálogo con un niño de tres años y seis meses que presentaba fuertes bloqueos, balbismo, reducido vocabulario y el componente sintáctico alterado.

La madre hablaba del niño como de su total pertenencia, y el padre era muy condescendiente. El niño declaraba un deseo intenso de ser como su madre, de poseerla, de tener niños con ella; al mismo tiempo se sentía no amado por ella por ser un niño terrible.

Hacia su padre manifestaba admiración por sus posesiones: fuerza, dinero, auto; así como también rivalidad y superioridad

(decía poder y saber más que su padre). En la cotidianeidad el padre aceptaba todo y era la madre la que mandaba.

–Mi mamá me dice que yo no puedo hablar, que me cuesta. ¿Ves? Me cuesta. (Habla con bloqueos y repeticiones.)
–¿Y vos, qué decís?
–Mi mamá me dice que a mí me cuesta hablar.
–¿Y tu papá, qué dice?
–Se va a trabajar.

Para este niño, en la indefensión, en el pasaje al pleno esplendor en el terreno de lenguaje –período de crisis, asunción subjetiva del Yo–, la palabra de su madre era su refugio. ¿Dónde quedaba su palabra, su lugar de sujeto hablante? ¿Podía este niño salir del lugar donde la madre lo había ubicado? Así como le dijo: "Eres rubio con ojos azules, muy lindo, te quiero mucho, eres mi amor", también le dijo: "Te cuesta hablar". ¿Cómo zafar si la madre lo amaba así, lo miraba así? ¿Cómo se ubicaba su padre, que se había retirado de la escena?

El padre –el otro ajeno– es quien pide al niño un acatamiento al orden del lenguaje sujeto a normas, es decir, ser un buen hablante. Pero en ambos ejemplos el padre funciona negativamente: en uno desde la negación explícita del re-conocimiento, y en el otro desde el irse.

Recuerdo el planteo, preocupado, de un paciente de ya diez años en tratamiento. Trataba de dilucidar cómo era la forma correcta en el discurso de la secuencia: papá/mamá/yo. Decía no saber dónde debía colocarse el yo en la exigencia del buen uso de la lengua, si adelante, en el medio o atrás. Es decir, buscaba la manera de integrarse al medio social a través del posicionamiento correcto en el "buen decir" de la comunidad.

Analizar descriptiva y dinámicamente este fenómeno en el que están involucrados el paciente y la estructura familiar, comprender la situación psico-social del entrampamiento asfixiante en que se encuentra un individuo, posibilita una mayor eficacia en el trabajo clínico.

No olvidemos que el pequeño debe hacer un largo proceso, que presenta sus singularidades, para llegar a una determinada forma discursiva correcta, por lo cual en ambos discursos, niño/adulto, presenta situaciones diferentes.

Ahora bien, lo que sigue tiene que ver con el discurso adulto.

Veamos qué dice Georges Vignaux (2000): "Todo discurso está constituido para otro y agregaría para un otro específico". Pues bien, ¿cómo es ese otro?

Agrega: "Toda controversia está inscripta en un espacio argumentativo. (...) La argumentación manifiesta un cierto número de estrategias, de razonamientos, señaladas discursivamente (...) la lógica que sirve para argumentar no es la lógica de los matemáticos. (...) Lo que distingue la argumentación es que ella es siempre relativa a una situación, está inscripta en una situación y se refiere a una situación. La finalidad del orador será propia del auditorio que él habrá construido".

Ahora bien, ¿en qué situación se encuentra y a qué refiere nuestro sujeto? ¿Hace uso de un discurso argumentativo que tienda a convencer, persuadir, adherir? Si así fuera: ¿de qué, y a quién, quiere convencer, persuadir, adherir?

Volviendo a Vignaux: "Una argumentación existe primeramente como una representación que un sujeto construye para otros. (...) El discurso argumentativo debe ser siempre considerado como puesta en escena para otros. (...) La argumentación es teatralidad". Algo similar dicen Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989, pág. 90): "La argumentación está en función del auditorio al que se dirige".

Más adelante dice: "El discurso no expresa jamás algo en su integridad sino únicamente lo que parece destacado a quien lo pronuncia: es el discurso de un sujeto actor y espectador, inscripto necesariamente en una perspectiva, un punto de vista frente a las representaciones. El discurso no solamente se ofrece sino que se construye como una representación cuya vocación es asociar a quien lo recibe con el lugar de quien lo enuncia". Agrega: "Es poder del sujeto tanto como su libertad será escapar a la linealidad del discurso por medio de la construcción y la deconstrucción de las relaciones entre los

acontecimientos introducidos progresivamente. Es preciso ver que el sujeto sólo enuncia a partir de una ubicación y que esta ubicación es circunstancial pero también ideológica".

Ahora bien, ya que en este sujeto enunciador convergen aspectos ideológicos, emocionales, cognitivos que lo ubican en una situación social como "productor de discursos" y generador de sentidos, ¿cuál será esta posición en nuestro sujeto tartamudo?

Por lo pronto, ¿qué se espera de su discurso? Por lo menos, que tenga coherencia; y esto es lo que falla, pues presenta en primer lugar defectos espacio-temporales que contribuyen a la producción de un discurso farragoso. Al respecto Vignaux dice: "La operación de orden discursivo jamás es una simple formulación, es el lugar de estrategias precisas cuya existencia está fundada sobre la relación sujeto-auditorio". Pues bien, ¿cuáles son esas estrategias y cuál es la finalidad esperada?

Su discurso no permite al otro-escucha operar por inferencia para comprender lo que se le está hablando y queda así a la deriva hacia diversas posibilidades, a veces resueltas por acertijo. Generalmente las formas incorrectas y soslayantes de su discurso desvirtúan su contenido. Pero me parece que dejarnos llevar por este camino es perder de vista otra perspectiva más abarcativa: la totalidad de su decir, que es del orden del mostrar verbal y no verbal. Es este doble mostrar su real contenido, en donde alguien se exhibe y se expone, donde se muestra, se delata y se encubre. En esta paradoja vive. ¿Cómo salir?

Volviendo a Vignaux: "Un buen razonamiento no es otra cosa que aquel que alcanza su objetivo". ¿Cuál es el objetivo de nuestro hablante tartamudo? ¿Convencer, persuadir? ¿Sobre qué? Sigue: "Toda argumentación se apoya en un razonamiento". ¿Cómo se manifiesta en el tartamudo?

Creo que su decir actuado es preponderante respecto del verbal, que lo actuado y lo verbal mal construido componen su discurso, que tiene una argumentación, un razonamiento y un objetivo particular.

¿Cómo entender en nuestro sujeto de estudio lo que Vignaux dice: "el discurso que el sujeto pronuncia debe asegurar el

encierro del otro bajo la forma de adhesión"? Pues bien, por cierto hay encierro del otro, pero no creo que bajo la forma de adhesión, sino más bien bajo la forma de paralización, dando lugar a la desesperación del otro por adivinar y ayudar a ese sujeto con un decir tartajeante. Es decir, falla el objetivo habitual de adhesión, convencimiento, persuasión, a cambio de la seducción. El otro ha quedado atrapado por ese mostrar sufriente corporal y verbal.

En la medida en que fui avanzando en mi investigación, observé que hay una estrategia de enmascaramiento del sujeto hablante que no falla en su objetivo. Es decir, las particularidades relacionales de su discurso desconciertan al otro; ¿es ésta la intención de nuestro sujeto hablante?

Sigue Vignaux: "...el discurso es diálogo de un sujeto y de otro y sobre todo como lugar de sentido, es una de las formas privilegiadas de acción sobre lo exterior. (...) La estrategia del discurso es campo de actividad para otro (...) se trata para el sujeto de dejar entrar a otro en el discurso asegurándose las modalidades de esta entrada". ¿Deja entrar o neutraliza? Continúa el texto: "Un discurso es la operación global de un sujeto que construye una representación". Pues bien, ¿qué representación construye nuestro sujeto?, ¿qué desea que reciba el otro espectador-escucha?

Puede que este desconcierto que experimenta el otro–Tú sea una intencionalidad del sujeto tartamudo: no dejarse atrapar por el otro diferente, en su concurrencia. Esta singular situación dialógica conforma igualmente un espacio discursivo específico en el cual se determinan lugares particulares: hablante-escucha. Es un acontecimiento cuyo tono es la violencia, que se florea con la humillación, amenaza, simpatía y seducción.

Es muy interesante lo que dice Goffman (1970) desde la perspectiva no sólo de la interacción social, sino de la "imagen de sí expresada por la cara (...) Toda persona vive en un mundo de encuentros sociales, que la compromete en contactos cara a cara (...) la cara es la imagen de la persona delineada en términos de atributos sociales aprobados (...) Una persona tiende a experimentar una reacción emocional inmediata ante la cara

que le permite el contacto con los otros; catectiza su cara; sus sentimientos quedan adheridos a ella (...) la participación en cualquier contacto con los demás es un compromiso".

Si remitimos estos conceptos a la situación de encuentro entre el sujeto tartamudo y el otro, vemos que por el lado del tartamudo su visualización de la situación es paralizante, no puede hablar; y en cuanto a su evaluación de los participantes también es paralizante, agresiva, y en especial la evaluación de sí mismo, dando como resultado una autoestima disminuida. Su visualización de la situación y su evaluación de los participantes es la misma, por lo cual padece la confusión entre ambos planos. Creo que es este un punto muy importante a tener en cuenta en el tratamiento. En consecuencia, situación y participantes no sólo son uno sino con cualidad intimidatoria, por lo cual su defensa sería huir de una situación de enfrentamiento, de un "cara a cara", que a su vez necesita. Sigue Goffman: "Si bien la preocupación de la persona por la cara concentra su atención en la actividad del momento, para mantener la cara en dicha actividad tiene que tener en cuenta su puesto en el mundo social, que se halla más allá de ella". Pues bien, ¿cuál es su puesto en el mundo social? El de ser tartamudo como rasgo de identificación. Remito al relato del paciente adulto hablando por teléfono con su padre.

Más adelante: "El mantenimiento de la cara es una condición de la interacción. (...) Los tipos básicos de trabajo de la cara en el encuentro son procesos de evitación, perder la cara y correctivos: perdone, no es nada".

Indudablemente, este planteo de la cara nos conduce a la idea de apariencia, fachada, que porta un ser real pleno de pulsiones y apetencias en un momento de su proceso de inserción en el mundo social, en el cual lo permitido/no permitido/prohibido comienza a tallar fuerte, promoviendo a veces un pasaje defectuoso, como es el caso del tartamudo. Me refiero a la asunción subjetiva del Yo, que como hemos señalado se realiza alrededor de los tres años y es de vital importancia en la estructuración del sujeto (recordemos la cita de Benveniste: "mucho

antes de servir para comunicar, el lenguaje sirve para vivir"). Como ya dije, pienso que en esta etapa se encuentra el núcleo de la tartamudez.

La perturbación del lenguaje se da en el encuentro con el otro para establecer una situación de conversación y/o de diálogo, en la interacción cara a cara; perturbación ya sea por presencia, como en el caso de la conversación presencial, o por ausencia, como en el caso de la conversación telefónica. ¿No es curioso que muchos tartamudos no puedan hablar por teléfono?

En realidad se trata de dar una imagen al otro. Imagen que se refleja en el rostro y actitud corporal del otro y vuelve a sí. Se es actor y espectador de sí mismo, pero este es el funcionamiento habitual de toda situación dialógica. Entonces, ¿qué se altera? Tal vez se agrega a esta situación un plus a la cualidad de acecho circulante, transformándola en intimidatoria con efecto paralizante, de miedo. No es casual que casi todos refieran el inicio de su perturbación a un susto en el que subyace el miedo.

Dice Goffman (2001): "Cuando un individuo aparece ante otro, sus acciones influirán en la definición de la situación que ellos llegarán a tener". Ahora bien, ubiquemos a nuestro sujeto de estudio en esa situación y pensemos en sus consecuencias, cuál es su desempeño, la situación que él define y cuál es el efecto. En primera instancia parece que él no maneja la situación o, como suelen decir, es "aleatoria" la presentación de la tartamudez. A esta altura me pregunto: ¿es aleatoria? o ¿es necesaria para dar el perfil de una identidad?; ¿cuál es la actuación de nuestro sujeto? y ¿qué efecto produce?, ¿es el buscado?

Resumiendo, y tomando lo que considero nodal en esta alteración que se manifiesta en el encuentro con el otro y en sus vicisitudes: su discurso *dice* hablando y actuando corporalmente. La lengua materna ha sido atacada en su ritmo y prosodia, en su sintaxis, a veces en su semántica, poniendo en evidencia un otro decir. La linealidad sonora se quiebra. Este fenómeno raramente aparece en una segunda lengua. Recuerdo a una señora que me consultó por un sobrino que hablaba mal. En un momento de la entrevista le pregunté por su lugar de origen, pues su hablar me daba a entender que ella era

extranjera, a lo cual me contestó que no, sino que había adoptado el acento de una lengua foránea para poder hablar y así no tartamudear; de esta manera ocultaba su tartamudez.

Como ya dije, esta manera peculiar de hablar se da frente a otro. En efecto, ningún sujeto estando solo tartamudea, tampoco cuando canta o lee, a menos que se sienta particularmente mirado, en cuyo caso el otro se presentifica de manera singular. ¿Quién es ese otro? ¿Por qué ese otro lo intimida, por qué lo afecta de tal modo que puede impedirle hablar? Cuando se siente mirado como lo que es, un cuerpo sexuado hablante, queda al descubierto una fantasmática que muestra su temblor y su impotencia discursiva frente a otro cuerpo sexuado escuchante-hablante. Esto ocurre en el "espacio espectacular". La turbación, el bloqueo, con una situación de excesiva tensión, con la apelación angustiante de parte del sujeto hablante tartamudo que promueve la concurrencia del otro, quien acude en su auxilio también desesperado, como si el ruido, los espasmos, la respiración cortada, el cuerpo, fueran un grito sofocado que clama ser escuchado-ayudado-asistido. El habla, el discurrir, ha quedado interrumpida por otro acontecimiento que conforma un nuevo discurso en el cual el decir propio del otro diferente ha quedado suspendido.

Indiscutiblemente, lo que está puesto en esta coyuntura no es la argumentación sino la intimidación actuada, por lo cual la tonalidad, la dinámica, será el acoso, el hostigamiento. ¿Qué ve que no lo deja hablar? Una sobrevaloración de la mirada de un otro imaginario, que es un componente necesario de la situación dialógica, se torna sobredimensionada y oblitera a ese otro-Tú, ajeno y a su vez imprescindible para que se dé esa dinámica peculiar. Cuando el tartamudo se muestra tartamudeando (con su cuerpo crispado), se exhibe y se ha tornado objeto de la mirada del otro, se ha vuelto objeto de ese otro (Tú). Ahora bien, el otro también es objeto de su mirada. Hasta ahora esto es una situación normal, ajustada a un principio de cooperación, en el cual hablante/oyente están dispuestos a cooperar.

Beatriz Lavandera (1985, págs. 96-97), citando a Grice, dice: "La comunicación entre dos o más personas solo puede funcio-

nar si ambos participantes, hablante y oyente, están dispuestos a cooperar". Luego agrega: "...la falta de cooperación obedece a que están buscando cierto efecto. (...) Cuando uno habla, 'engancha', entra en una tarea de cooperación. Toda transgresión al principio de cooperación crea un efecto". En el tartamudo, ¿cuál es el efecto buscado?, ¿qué ve nuestro sujeto? Un otro que ha quedado suspendido, paralizado en su ser por el decir tartamudeante que, al igual que la Medusa, ha provocado un efecto petrificante (a quien la mira y a quien mira). Ahora es el otro-Tú el espantado, y es aquí donde se produce la chispa del goce: es espectador gozoso de un espectáculo. Ve al otro perdido como naúfrago desesperado, buscando un flotante en las palabras lanzadas para llenar las interrupciones. Riesgo del cual él también es partícipe. El otro es él, y él ¿quién es? El otro depende de él, por lo cual él lo posee y a su vez se ofrece como objeto. El círculo se ha cerrado. No son personas que hablan en una alteridad. Otro juego se ha instalado. Se mira y se escucha en su interlocutor. Por lo cual cabe la pregunta: ¿es posible una situación de diálogo?

Un paciente me relató cuán penoso había sido su interrumpido tratamiento psicoanalítico, cuyo mayor inconveniente radicaba en que su analista permanecía fuera de su vista y largo tiempo en silencio. ¿Por qué necesitaba verlo? ¿Por qué necesitaba que hablara? Ante todo, la voz es presencia, y también conjura peligro. Mi experiencia (que es un trabajo frente a frente) me ha mostrado que los pacientes entran en desesperación si no hablo. ¿Para decir qué? No importa, podría ser un carraspeo; lo importante es afirmar en forma sonora mi estar presente. Recuerdo la exasperación de un paciente para que yo respondiera cualquier cosa a su decir; lo importante era no quedarse solo, como si la presencia muda y la mirada no fueran suficientes. Una colega me relató la situación de una paciente que no podía empezar a hablar si ella no la miraba. Esperaba ver –ser vista– para desencadenar su fantasmática. Parecería que al hacerse visual y auditivamente presente el otro, serviría de conjurador de un peligro que, por cierto, al ser interno y actuar proyectiva y reflexivamente, sería posible enfrentar.

Lo que ve el tartamudo no sólo es el espejo de sí sino la perplejidad, el fastidio, la impaciencia de ese otro que ha quedado anulado en la expresión de su propio decir, para ser ayudante adivinador del decir tartajeante. Se ha visto obligado a transformar su protagonismo de hablante común. Las palabras han perdido su valor simbólico –de intercambio–, su neutralidad, para pasar a ser cosas que hacen. Ejemplo: un joven no podía hablar con su jefe porque sentía que sus palabras le harían daño al feto de la mujer de éste. Las palabras no eran neutras, y para poder hablar deben serlo.

Un paciente solía decir: "el hablar bien es algo que debe permitir sentirse libre"; "el que habla bien piensa bien, se defiende, no lo joden y es feliz"; "cuando tartamudeo me paralizo"; "hablar mal es como los políticos que hablan, hablan, hablan, pero jamás se comprometen; hablan y hablan y no dicen nada en definitiva".

El lenguaje representa lo benéfico en cuanto muestra el poder, la inteligencia, la creatividad, así como lo condenatorio en cuanto muestra la carencia, la imposibilidad de ser pleno en él. Esto último le ocurre al tartamudo.

El hablar tartamudeante pone a su hablante en situación de ansia desmedida en relación al lenguaje. Entonces, el "hablar bien" se ha convertido en un objeto anhelado, valioso, perteneciente a otro, y que inviste de poder a quien lo posee. Si este don no reconocido como propio y a su vez compartido, se lo toma, se lo quita al otro, se convierte a éste en despojado y por tanto amenazante, así como a la palabra no merecedora de buen uso. Esta sería una vertiente displacentera, pero hay otra. La explicaré mejor si recurro a un ejemplo. Se trata de un niño que cursaba la escolaridad; era excelente en todas las asignaturas menos en Castellano, pero eso no le preocupaba, al contrario, pues estos deberes se los hacía su madre, así "obtenía una doble ventaja: disponer de tiempo libre para otras actividades y brindarle satisfacción a su madre", dándole, cediéndole algo propio. Ese momento era la ratificación de ser objeto de su amor. Así se sentía amado y así la poseía. Lo mismo sucedía con el hablar: a todos lados concurría con ella, pues ella hablaba

por él, dado que él no podía hacerlo. De esta manera se delataba la sujeción en que se encontraba nuesto sujeto, la trampa en la que estaba. Cuando tartamudeaba sentía que el otro estaba pendiente de lo que diría, ofreciéndose como objeto, y al mismo tiempo poseía al otro por la atención que le dispensaba: lo tenía agarrado.

Se ve claramente cómo las palabras son cosas que hacen y no meras palabras que dicen de pensamientos, de sentires, que pueden ser adecuadas o no; en consecuencia, si hacen, adquieren una cualidad peligrosa.

Creo que por esto las personas tartamudas suelen decir que su hablar tartajeante molesta y fastidia al otro. Así como es frecuente que digan: "tartamudeo cuando me pongo nervioso". Nervioso quiere decir: estar atrapado en una situación de violencia; por lo cual sus palabras pueden ser crueles, al portar una excesiva carga agresiva; de ahí que vean, por ese exacerbado mecanismo proyectivo, un efecto de malestar en el otro cuando hablan.

Escuchar implica aceptar a un otro, a partir de admitir que no se es todo. Escuchar al otro aquietando propias emociones, sostenido en la espera y tendiendo hacia él. El acto de escuchar pone de manifiesto la alteridad. ¿Es esto lo que es rechazado? Entonces estamos frente a una trampa formada por la mirada y la escucha, en el cual ese otro-Tú, ajeno, queda impedido de ingresar en un diálogo, paralizado en su decir, en la conmiseración de proponer palabras afortunadas o desafortunadas a modo de acertijo para paliar la situación comprometida del tartajeante. El efecto es la neutralización de este otro semejante. Entonces, ¿tiene este *decir* una efectividad lograda o fallida? Tal vez lograda, pues al neutralizar al Tú, persiste en su circularidad –su feudo–, no se abre a la lucha, al debate, al diálogo, manteniéndose fiel a su conflictiva. Es fallida, en cuanto convoca pero no rompe la circularidad, por lo cual no sale a lo abierto de la creatividad discursiva, cancelando el placer en el hablar.

La tartamudez rompe la estética del discurso. Produce una herida al bello decir, al encantamiento del escuchante, al espacio compartido pleno de imaginación. Rota la relación con el

tú-el otro, no se puede hablar de eso, de algo, de lo que Benveniste llama "ello".

Es la escenificación de una situación conflictiva donde alguien se muestra sufriente, tartajeante y a la vez mantiene al otro expectante e indefenso. Ambos fracasan en el hablar, el lenguaje no les sirve para vivir el placer del encuentro. Recordemos que el tartamudo no tartamudea cuando habla a solas; necesita un otro-semejante para integrar el espectáculo.

No conoce la espontaneidad, el dejarse llevar del género conversacional, tal vez porque sería la posibilidad de perderse. La espontaneidad no se realiza por un mirarse a sí mismo. Constantemente se está pensando ("no voy a poder hablar"). Construye un lugar mítico: "cuando hable bien", en un futuro lejano. Curiosamente lo por-venir (el futuro) no es lo abierto, o imprevisto, lo fortuito, la esperanza, sino lo ya conocido, terrorífico, lo fijado, lo pasado viviente que siempre lo acecha.

¿Por qué un tartamudo genera malestar? Tal vez porque no hay forma de acercarse a él y poder ser diferente. Tal vez por quedar sometido a ver una y mil veces el inicio repetido –escenificado– de un drama sin desarrollo, estancado en los prolegómenos de un acto verbal, en un encuentro con anulación. Tal vez porque no hay encuentro. El hablar y las palabras resultan sobredimensionados en su valor, que se vuelve de difícil resolución e inalcanzable la situación dialógica. El hablar está fuertemente cargado de enemistad.

Creo que a partir de todo esto hay que reconsiderar y restituir el valor de unión del lenguaje y el hablar, aun en la discrepancia en el mundo virtual de las palabras, y básicamente recomponer el soporte de la situación dialógica: el encuentro de dos subjetividades.

Y entonces... ¿ qué?

Por cierto, la estrategia de trabajo diferirá de acuerdo a la edad de quien padece la alteración del lenguaje.

Consideremos el caso de un niño pequeño de tres-cuatro años. No puedo dejar de ubicarlo en el momento de la "asunción subjetiva del Yo" y lo que esto implica en su proceso psicosocial. No olvidemos que ese momento es un punto de crisis, crucial por los diversos planos que operan: lingüístico, social, mental y afectivo. Se bosqueja el camino de la identidad.

Teniendo en cuenta este complejo período, trabajaré no sólo con el niño sino también con su entorno familiar. Es decir, en el trabajo con el niño trataré de afirmarlo en su capacidad cognitiva, lingüística y social, abriendo su aptitud investigativa sobre su entorno, sin ejercer una actitud pedagógica ni censuradora ampliamente conocida por él. Es el niño travieso, deambulador, "inquieto-que toca todo-terrible- con berrinches" o el que "no habla". En ambos casos ha quedado en el plano de la actuación y ha bloqueado el vivir en la verbalización.

Establezco y mantengo normas claras de comportamiento entre nosotros y el ámbito de trabajo. Lo hago de manera tranquila y en el momento adecuado. Generalmente son muy bien aceptadas, pues le sirven al niño de referente para el controvertido medio familiar. Siempre me mantengo en el campo del lenguaje de modo austero, no verborrágico, sino calmo y respetuoso de los turnos y del decir del otro para establecer el valor simbólico de las palabras. Esto facilita su pensar, acertado o desacertado, e instala la consideración por el otro y el asumir la

responsabilidad de su decir. Por cierto, este es un proceso que lleva su tiempo y que una vez iniciado se mantiene. No hay imposición ni enseñanza sino la concurrencia de dos diferentes que juegan en libertad. Mi verbalización es adecuada a su comprensión. Es éste el punto de mayor relevancia en el trabajo: su comprensión, puesto que mi modo de relación es el lenguaje.

No salgo del rol de ser otro-Tú-ajeno que quiere jugar un juego de lugares, roles, mediado por el hablar, y desde ahí puedo entender mal o no entender, emitir respuestas adecuadas, inadecuadas, sorpresivas, extravagantes, sólo por ser un otro ajeno con un decir propio. El próposito es romper y movilizar un esquema fijo, cerrado, de actuación.

Estas son propuestas que instrumento en las actividades que se desenvuelven durante el tratamiento (juego, grafismo, diálogos, libros).

¿A qué apuntan estas propuestas? A mostrarme como un interlocutor diferente de aquel que el niño conoce: confiable, no mentiroso, guía en su afán de ser grande, permisiva en cuanto al ejercicio de su libertad siempre y cuando considere la mía. Este punto es muy interesante, puesto que lo enfrenta a un sinnúmero de interrogantes que hacen a la libertad propia y del otro, a la convivencia, al interés común, al respeto y dominio del uso del poder, a su ejercicio no arbitrario sino en función de vivir integrado en un grupo humano, en un "nosotros".

Repitiéndome, la estrategia tiene dos vertientes: una dirigida al niño y la otra hacia su entorno social (familiar). Hacia el niño es: avalarlo en la etapa natural del proceso –la asunción subjetiva del Yo–, como consecuencia de la necesaria fisura en la absoluta dependencia de esa madre de mirada penetrante, que dice de aprobación y desaprobación. Que sabe o dice saber lo que el niño quiere o no quiere, por lo cual siempre se anticipa y por ende no brinda lugar para que el pequeño se exprese; ella le da sus palabras y quereres. Como ya dije, yo me ubico en otro lugar; un otro que lo guía en ese proceso de desarrollo que implica quiebres, modificaciones de primeras uniones para ensanchar/se incluyendo a lejanos, diferentes, y vivir en

comunidad. De esta manera su palabra recobra su valor simbólico, de intercambio, entre dos que se atienen a reglas sociales, de respeto a sus individualidades.

Desde esta posición de deuteroagonista busco cambiar la situación ya conocida. Esta tarea es sumamente difícil, pues uno debe acallar el impulso de ser protagonista e imponer instrucciones, enfatizando la función escuchante y desde allí demandar participación, no acatamiento. El trabajo se realiza en el "aquí y ahora", en busca de la reafirmación de sí que dará lugar a crecimiento, teniendo como sustento la comprensión de lo que está pasando, por lo cual sale a la luz la creatividad del oficiante - guía del tratamiento. No es un operar de cualquier modo, "a como salga", sino producto de una formación profesional que considera el lenguaje desde otra perspectiva.

Al cambiar el desempeño de los roles, varía la dinámica dialógica y la palabra recobra su valor, se vuelve válida, se vuelve útil para la integración, para el uno más de un grupo humano. A esta edad en que se abre el ámbito privado-familiar hacia el espacio público que se inicia con el jardín de infantes, cobra relevancia el decir verbal atenuándose el decir actuado. Edad de pasaje crucial.

Ahora veamos la otra vertiente de la estrategia de trabajo: la modificación de la dinámica familiar. ¿Qué quiere decir esto? Por el lado de la madre, reducir su esfera de influencia ya sea con el suministro de palabras para completar los enunciados en reemplazo de lo que supone que quiere decir, así como disminuir la violencia de esa mirada controladora. Ser menos mirado por parte de ella. Esto redunda en el logro, por parte del niño, de un espacio, de un lugar como hablante que es escuchado.

La transformación de este modo de funcionamiento arrastra consigo el acercamiento hacia ese otro ajeno, distante, que por estas características está investido de expectativas venturosas y temerosas, con el cual el único modo de unión relevante es la verbalización. Ese referente es el padre o quien ocupe ese lugar, aquel que no entiende si no le hablan bien.

Curiosamente, en la medida en que se produce un mayor acercamiento verbal con el padre, no sólo la distancia disminuye

sino que cambia su imagen. Se dimensiona como humana: con falencias y aciertos. Conjuntamente con la tolerancia por parte de ambos padres, vemos que en este juego de alejamientos/acercamientos resulta un dejar ser y desaparece la perturbación.

Es en una equilibrada dinámica familiar que circula la palabra con su real valor. Entiendo que nuestro trabajo consiste en volver al equilibrio de esta etapa de pasaje en el proceso de construcción del lenguaje dentro del desarrollo psico-social del niño. Restaurar una relación dialógica particular.

Creo que trabajando sobre la situación dialógica: lugares, roles y dinámica, es que se restituye el valor simbólico de la palabra. Estos aspectos son operatorias de un todo que es la simbolización.

En la tartamudez el valor simbólico de la palabra ha quedado trastocado con prevalencia del decir-mostrar de la actuación. Y es hacia allí que entiendo que debemos dirigir nuestra tarea, a los efectos de restituir este valor, así como de recuperar el placer de hablar.

En la medida en que el niño crece y se hace adulto, la perturbación en su desenvolvimiento puede llegar a engullir al sujeto emocional, cognitiva y socialmente.

Entonces nos encontramos con que se va aislando, replegando sobre sí, inhibiendo, disminuyendo su autoestima con la posibilidad de que la perturbación llegue a constituirse en un rasgo de identidad: "el tartamudo - soy tartamudo".

Si bien este planteo es un plan mayor, ¿cómo se desenvuelve la pequeña práctica de trabajo dentro de este esquema?

Realizo discriminaciones conceptuales y semánticas, así como lógicas y argumentativas, ubicando siempre a la persona en un lugar de hablante responsable, libre en lo que piensa y atento a lo que dice, considerando la individualidad del otro diferente.

Una premisa explícita del trabajo es: todo se puede pensar, sin dejar de considerar dónde y cuándo se dice lo que se dice, puesto que de ello devendrá un efecto, conveniente o no. De esta manera se establece una diferencia y distancia

entre pensar y hablar. El pensar puede llevar en sí la libertad; en cambio el hablar está ceñido por restricciones. No obstante, en el hablar está todo el sujeto, asumiendo la responsabilidad de lo que dice. Puede excusarse o rectificarse de lo dicho, pero el compromiso es ineludible. Esta premisa es válida para niños y adultos, por cierto adecuada a la edad y situación.

Daré un ejemplo para mayor claridad de cómo se juega este pensar, esto de ser libre y tomar decisiones. A un niño de cuatro años con fuertes bloqueos al llegar al final de la hora de trabajo, le informo que debemos interrumpir y nos volveremos a ver otro día. Protesta: llora, patalea, grita ("berrinches"), y tartamudeando me dice que no se va a ir. Entonces yo le planteo, con calma, que tenemos un problema: yo me debo ir y cerrar la puerta con llave; ¿qué hacemos? ¿Se va a quedar encerrado? Me mira deteniendo su actuación y se va, preguntando por algo de su interés a quien lo viene a buscar.

Es decir, yo no impuse nada, sino que le expuse verbalmente un problema, poniéndolo en situación de decidir, por lo cual sintió el dominio de sí y la libertad. Las alternativas presentadas eran falsas, estaban encorsetadas por las producciones verbales que yo le presentaba, ya su juicio de realidad no alcanzaba como para comprender lo inaplicable –la falsedad– de mi planteo. Pero sirvió para salir de la actuación (vieja conocida) y operar en otro plano: el verbal. La palabra recobró su valor simbólico.

Con los adultos, en casos muy severos recurro a la escritura, proponiendo cuestiones tales como: ¿qué es la tartamudez para él o para ella?; ¿qué cree él o ella que piensan los otros cuando tartamudea?; ¿qué siente siendo tartamudo?; ¿cómo sería no ser tartamudo?; ¿qué imagen tienen los otros de él/ella?; ¿qué imagen tiene de sí?; ¿es tartamudo o tiene tartamudez?; ¿qué significa hablar?; ¿cómo reaccionan los otros cuando tartamudea? Estas preguntas apuntan a poner el foco sobre sí mismo y sobre el otro ajeno que imagina pero no conoce. Este otro es un desconocido, pues no hay comprensión de sus pensamientos y sentires, aunque también es un "Yo" que clama, que demanda atención. Este modo de desconocimiento

del otro está validado por la gran translación de sí hacia el otro apoyado en sus creencias. Una vez entendido este mecanismo se pueden desarmar y transformar creencias. Esta herramienta, de acuerdo al grado de compromiso del paciente, fue casi siempre muy eficaz en cuanto permitió abrir el género conversacional.

¿Por qué la escritura? Porque llegué a la conclusión, después de muchas búsquedas, que ese medio, sin cuerpo presente como hablante y sin interlocutor, podía ser eficaz para romper el espejismo y ofrecer la posibilidad de expresión y reflexión sobre sí mismo. Tal vez, verse a sí mismo por otro medio no sólo ayudaría a la coherencia, al encadenamiento lógico, sino que también brindaría un posicionamiento diferente como sujeto hablante mediante el recurso del escribir para otro y por ende para sí que le permitiría al mismo tiempo descubrirse, revalorizarse. Posibilitaría además salir de su género monológico para ir hacia lo dialógico, pues es para otro; abriría a un dinamismo que no poseía para insertarse en otra realidad. Mientras se mantenga con su discurso tartajeante, monológico, es único, dominador de la situación que a su vez lo encierra y lo deja dominado por ella.

Esta forma de sacar afuera pensamientos, emociones, reflexiones, razonamientos para otro-ajeno que enmascara el para sí, deja al desnudo que es él el que piensa y siente eso que escribe.

Dado que en la situación perturbada se manifiestan relaciones estáticas y repetitivas con reiteración temática y la misma forma discursiva, un sólido círculo vicioso, al introducir lo inesperado, lo sorpresivo, la respuesta no esperada por él por parte de ese otro-ajeno, se produce como efecto una desestabilización de la situación; al quedar descolocado como hablante surge la posibilidad de efectuar una modificación. Es la búsqueda de elasticidad en las relaciones dentro de la situación, aunque para ello se recurra a lo imprevisto. Entiendo que la particular rigidez del espacio supuestamente dialógico entra en sus maniobras de control y evitación del posible acercamiento al otro y requerimiento por parte de éste. El herido es el

encuentro, y de allí brotan palabras mal dichas. El otro ha sido privado de ingresar al espacio participativo en el deleite del conversar. También le solicito que organice un relato sobre un tema: penoso, alegre, enojoso, placentero, temeroso, de modo que se perciba ese sentimiento. La intención no es sólo lograr una secuencia ordenada de hechos, de sucesos, sino que además se propongan ser entendidos por el otro de afuera. De esta manera la persona se ubica como productor de discursos e inductor de sentido, así como elaborador de estrategias de adhesión en un "cara a cara".

Daré un ejemplo: un paciente adulto me es derivado por su psicoanalista, pues finalizaba su tratamiento y seguía con su tartamudez. Durante varios encuentros me di cuenta que su discurso tenía un tema fijo, recurrente: el padre con sus características. Entonces lo sorprendí preguntándole por su madre. Su reacción fue levantarse de la silla y decirme con enojo: "la suya". ¿Por qué este rebote? Evidentemente, hablar de su madre no era posible. En la mención de ella la traje a la presente instancia del discurso desde un lugar propio, íntimo y sacarla a la luz con mi requisitoria fue, tal vez, riesgoso. Esta referencia actuó como detonador, confundiendo una producción simbólica con un acto real. Las palabras no mentaban sino que imaginariamente reificaban el objeto, borrando la distancia que establece la simbolización. Podía haberme dicho: de eso no quiero hablar, y de esta manera la palabra seguía conservando su valor de intercambio y no de actuación.

La interrupción de la seducción de su discurso victimizado, con su consiguiente malestar, le ofrecía la posibilidad no sólo de crear un nuevo espacio participativo, sino también de tomar conciencia acerca de lo que estaba sucediendo. Por lo cual la situación viró hacia la elasticidad y mejor producción.

Vivir en el campo del lenguaje es nadar en las metáforas, paradojas, absurdos, mentiras, dudas; es un mundo que se ordena de otra manera con relación a la actuación. Es un mundo de virtualidad.

Por la deformación engolfante de esta perturbación, el rol del otro diferente-escucha de su discurso tartajoso queda

abandonado en el supuesto circuito comunicativo. Con su habla tartajeante descuida e invalida a ese otro diferente. Entonces se le plantea un dilema: romper dolorosos beneficios y transformarlos en el placer de hablar, re-encontrarse y unirse al otro perdiendo exclusividad.

Su decir corporal, sus contracturas, la alteración de su respiración, muchas veces negados al quedar descubiertos, le plantean posibilidades de cambio que, con reticencias, son aceptadas y resultan efectivas.

En la medida en que se profundiza el trabajo del conocimiento de sí, de la situación dialógica y la necesidad de salir del aislamiento, el habla mejora, y por consiguiente la autoestima de la persona, profundamente devaluada, recobra su prestancia.

Este trabajo lleva su tiempo, pues es necesario vencer temores, arriesgarse en el lenguaje, dada la particularidad de exhibición y exposición del habla. Asumir la responsabilidad de lo dicho lo conduce a la re-afirmación de sí, sin duda a través del otro que demanda.

Creo que algunas preguntas clave que debemos hacernos cuando trabajamos con adolescentes y adultos son: ¿qué significa para ellos hablar?; ¿qué valor tiene la palabra?; ¿es un elemento de unión o de defensa?; ¿a quién habla?; ¿está dispuesto al cambio?

Recuerdo el diálogo de una colega con un paciente:

Terapeuta: –¿Si usted dejara de tartamudear, qué pasaría?

Paciente: –Me mato. (No habló más y permaneció callado hasta que se fue.)

Al día siguiente dijo que estuvo con diarrea y agregó: "Me voy a tener que poner algún tapón", y pidió agua. ¿Qué significaba para él hablar? ¿Ingresar en un mundo virtual y rescatarse allí?

La tartamudez ¿puede ser un rasgo de identidad inamovible, o un acto de rebeldia, de diferenciación, en busca de la identidad? Tal vez en algunos casos, pero pienso que considerarlo así de modo absoluto puede ser una falacia, puesto que algunas personas no siempre son tartamudas, a veces tienen períodos libres de tartamudez. Por lo cual no sería un problema del ser

sino del tener determinadas actitudes frente a un encuentro con el prójimo y jugado en el campo del lenguaje.

Creo que en algunos casos habría que considerar, como herramienta de trabajo, la posibilidad de establecer la diferencia entre ser y tener.

En mi experiencia, no siempre el paciente adulto, cuando solicita tratamiento, está dispuesto a cambiar su modo de relación discursiva, sino que va en busca de la ratificación de su desgracia. En estos casos ¿la tartamudez se ha constituido en un rasgo de identidad? Por ejemplo, ¿puede un sujeto tener un habla natural cuando su padre, hermano o madre es tartamudo/a? He visto una joven cuya tartamudez constituía un rasgo diferencial, único y propio frente a una madre deslumbrante en el plano discursivo.

Saber que este hablar singular puede constituir un rasgo de identidad no implica tratar la identidad de la persona, aunque es indudable que ésta se modificará, pero esto no significa tenerla como objetivo.

Epílogo

Después de mucho navegar he recalado en un puerto: el lugar de hablante, un aspecto de un complejo fenómeno. Desde allí surgen estas reflexiones.

Confieso que en tantos años de investigación sobre este tema me he sentido como ellos, tartamudeante, sin encontrar la puerta de salida para la circularidad rumiante.

Comencé teniendo como objetivo el análisis del discurso que producían, y sólo pude arribar a una forma descriptiva del decir, pues comprendí que no podía asirlo en su total producción. Algo importante se me escurría. Entonces entendí que esta era sólo una parte de su decir, que otros sucederes se me escapaban.

Por este camino llegué a integrar a su decir verbal lo corporal, y así rodé hacia la teoría de la comunicación, entendiendo a la comunicación no como pase de información sino como modo de acción dentro de un espacio de encuentro, de participación con otro, a través de algo común: la lengua en uso. De esta manera se crean lazos sociales y psicológicos entre dos individuos diferentes, productores de discursos, en un "cara a cara", dentro de un campo virtual simbólico-imaginario, en el cual se despliegan funciones, comportamientos, y se juegan interpretaciones de sentido.

En mi objeto de estudio se presentaba esta integración como una tragicomedia: se desarrollaba una aparente situación dialógica, pero se mantenía en realidad una circularidad discursiva.

¿Por qué no exponer un caso clínico completo y sólo dar ejemplos? Por la sencilla razón de que no encontré la forma de transcribir, de plasmar por medio de la escritura, las manifestaciones no verbales –el cuerpo, la gestualidad, la mirada, la intencionalidad–, siendo estos del orden visual, escenográfico, omitiría una parte importantísima de una manifestación complicada, y sólo daría una versión incompleta mediante un relato, mundo de palabras, quedando nuevamente desvirtuada la problemática que se ofrece a la vista al dejar de lado lo que se juega en el cara a cara, en la interacción.

De mis observaciones y reflexiones deduje que la tartamudez es un largo trayecto que se inicia con una fallida asunción subjetiva del Yo para finalizar constituyendo, a veces, un rasgo de identidad. ¿Será posible para un adulto salir de la tartamudez?

En cuanto a la dinámica, se suspende el placer del hablar y también el encuentro con otro, la celebración en el espacio participativo del discurrir. A cambio, tal vez, se encuentre gozo en la seducción a través de lo paraverbal: la actuación que mantiene la expectativa del otro que queda a la deriva e intenta completar lo que supone que le quiere decir, a modo de acertijo, y lo cancela en su propio decir. Ha quedado atrapado. En este sentido el tartamudo ha satisfecho su deseo de evasión y dominio aunque mantiene y tensa el placer de unión que, en su fracaso, potencia la búsqueda de placer, que es "el más placentero de los placeres". Búsqueda del placer siempre fallida y por tanto siempre recomenzada. De esta manera ha construido una valla sólida a prueba de exposiciones y riesgos, eficaz para su temor.

El uso de la lengua se ha convertido en singular por distorsión de lo común.

Este uso singular entraña un mecanismo especular: ve en el rostro y comportamiento del otro los efectos de su actuación que además lo hace actuar tanto con verbalizaciones como con actuación.

Es indudable que el campo del lenguaje es yermo. ¿Cuál es su beneficio? ¿Eludir el terror del encuentro? Así como se

muestra y se exhibe corporal y verbalmente, la persona se oculta como el calamar con su tinta; pero lo que lo oculta lo descubre.

Entiendo que este fenómeno tiene dos caras: por un lado, muestra el padecimiento del sujeto tartamudo y, por otro, el gozo que experimenta al tener al otro paralizado en su propio decir y desesperado por acercarse a través de palabras fallidas. Planea un discurso de sufrimiento y gozo.

En este trayecto del devenir tartamudo, su habla –las palabras– van perdiendo su valor simbólico. No representan, hacen. No sirven para el encuentro de dos personas dispares, puesto que una queda anulada, borrándose la alteridad y quedando como saldo un reflejo de sí mismo, atrapado en una circularidad imaginaria.

En un niño de tres a cuatro años el trabajo terapéutico consiste en lograr superar el llamado "período de crisis, asunción subjetiva del Yo", para destellar en el campo verbal y obtener el placer de hablar. En cambio, en el adolescente/adulto la restitución del valor simbólico y del placer de la palabra, a partir del sacudimiento y reestructuración de la situación dialógica, me deja el interrogante: ¿le será posible dejar de ser tartamudo?

Esto no es más que una hipótesis, un comienzo de la investigación desde otro punto de vista, que se ofrece con la esperanza de que algunos la continúen, la verifiquen o la transformen, a los efectos de entender y poder resolver esta alteración.

Hay una distancia considerable entre entender este funcionamiento y el trabajo clínico que requiere de estrategias y tácticas medidas, no apuradas, adecuadas al tiempo subjetivo de aceptación y cambio, sin imponerlas como una nueva obsesión. Son tiempos diferentes.

Es la situación de encuentro lo que falla y da un discurso singular.